

LISONS EN LANGUE FRANÇAISE

Cinq Contes de 2000 à 2009

Trois auteurs français dialoguent avec les lecteurs

(Jean-François Chabas, Agnès Desarthe
et Ludovic Flamant)

**Diana Paola Espinosa Sierra
Martha Pardo Segura**

Lisons en langue française. Cinq contes de 2000 à 2009. Trois auteurs français dialoguent avec les lecteurs (Jean-François Chabas, Agnès Desarthe et Ludovic Flamant) / Espinosa Sierra, Diana Paola ; Pardo Segura, Martha. Tunja: Editorial UPTC, 2015. 114 p.

ISBN 978-958-660-224-2

1. Libro de lectura. 2. Francés Lengua Extranjera. 3. Literatura francesa. 4. Educación básica. 5. Material didáctico.

(Dewey 375843/21)

Primera edición: 2015
200 ejemplares (papel)

Lisons en langue française. Cinq contes de 2000 à 2009. Trois auteurs français dialoguent avec les lecteurs (Jean-François Chabas, Agnès Desarthe et Ludovic Flamant)
ISBN 978-958-660-224-2

© Diana Paola Espinosa Sierra, 2015
© Martha Pardo Segura, 2015
© Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 2015

Resultado de procesos académico-investigativos de elaboración de material didáctico para la educación básica en Boyacá.

Gustavo Orlando Álvarez Álvarez, Rector UPTC

Comité Editorial

Celso Antonio Vargas Gómez, Mg.
Hugo Alfonso Rojas Sarmiento, Ph.D.
Liliana Fernández Samacá, Ph.D.
Luz Eliana Márquez, Mg.
Fávor Casierra Posada, Ph.D.
Jovanny Arles Gómez Castaño, Ph.D.
Rigaud Sanabria Marín, Ph.D.
Pablo Enrique Pedraza Torres, Ph.D.

Editora en jefe: Bertha Ramos Holguín
Coordinadora editorial: Ayda Blanco Estupiñán
Corrección de estilo: Jorge Agustín Reyes Pulido
Ilustraciones: Harold Johan Ortegón Reyes
Diseño carátula: Esaú Ricardo Páez Guzmán

Libro financiado por la Vicerrectoría Académica y la Dirección de Investigaciones de la UPTC.

Se permite la reproducción parcial o total con la autorización expresa de los titulares del derecho de autor. Este libro es registrado en Depósito Legal, según lo establecido en la Ley 44 de 1993, el Decreto 460 del 16 de marzo de 1995, el Decreto 2150 de 1995 y el Decreto 358 de 2000.

Citación: Espinosa, D. y Pardo, M. (2015). *Lisons en langue française. Cinq contes de 2000 à 2009. Trois auteurs français dialoguent avec les lecteurs (Jean-François Chabas, Agnès Desarthe et Ludovic Flamant)*. Tunja: Editorial UPTC.

Impresión:

Grupo Imprenta y Publicaciones
UPTC - Avenida Central del Norte
imprenta.publicaciones@uptc.edu.co
Tunja, Boyacá - Colombia

Editorial UPTC

Edificio Administrativo - Piso 4
UPTC - Avenida Central del Norte
comite.editorial@uptc.edu.co
www.uptc.edu.co

Agradecimientos

À
L'école des loisirs

Por su autorización para la reproducción de los cinco cuentos de tres autores franceses con destino pedagógico y didáctico para la enseñanza de la lengua y la cultura francesas en Colombia.

À
Andrea Paola Vargas Quiroz

Por su apoyo constante en la estructuración de este libro



Dedicatoria

A la infancia y a la adolescencia colombiana

*A nuestros alumnos,
A nuestros estudiantes de francés
A los futuros docentes de lenguas extranjeras
A las amantes de la cultura y la literatura francesa y francófonas*



*Los niños, los adolescentes y los jóvenes gritan, agreden;
necesitan saber escuchar,
Necesitan avanzar en su desarrollo innato sobre la vida,
apoyados por adultos de buena voluntad y
preparados para ser nuevamente escuchados.*

Martha Pardo Segura



Contenido

Presentación	11
Introducción	13
Invitación a leer textos literarios en francés.....	17
El papel del maestro	17
Forma de leer este libro	17
Agnès DESARTHE <i>Petit Prince Pouf (3 - 6 ans)</i> <i>Je veux être un cheval (6 - 10 ans)</i>	19
1. ET SI NOUS NOUS CONNAISSIONS...? Je m'appelle Agnès Desarthe	21
1.1 Moi, une personne comme toi !	21
1.2 Et moi, écrivain de livres pour toi !	21
1.2.1 Mes œuvres abordent les thèmes suivants	21
1.2.2 Mes livres écrits et publiés	21
1.3 Je t'invite à lire deux de mes livres !	22
Petit Prince Pouf. Agnès Desarthe	23
Je veux être un cheval. Agnès Desarthe	32
1.4 Maintenant, on t'invite à lire lentement le texte à l'aide de ces activités de lecture.	43



Ludovic FLAMANT <i>Louis des sangliers (7-10 ans)</i>	45
2. ET SI NOUS NOUS CONNAISSIONS...? Je m'appelle Ludovic Flamant	47
2.1 Moi, une personne comme toi !	47
2.2 Je t'invite à lire un de mes livres !	48
Louis des sangliers (Ludovic Flamant)	48
2.3 Maintenant, on t'invite à lire lentement le texte à l'aide de ces activités de lecture.	55
Jean-François CHABAS <i>Les lionnes (11-15 ans)</i> <i>Le Tsar (11 - 15 ans)</i>	57
3. ET SI NOUS NOUS CONNAISSIONS...? Je m'appelle Jean-François Chabas	59
3.1 Moi, une personne comme toi !	59
3.1.1 Et moi, écrivain de livres pour toi !	59
3.1.2 Mes œuvres abordent les thèmes suivants	59
3.1.3 Mes livres écrits et publiés	60
3.2 Je t'invite à lire deux de mes livres !	60
Les lionnes (Jean-François Chabas)	60
Le Tsar (Jean-François Chabas)	60
3.3 Maintenant, on t'invite à lire lentement le texte à l'aide de ces activités de lecture	109
Les lionnes	109
Le Tsar	110
Bibliografia	111



Presentación

Este libro es una propuesta didáctica de lectura comprensiva en lengua extranjera, dirigida a los niños entre los 3 y 10 años y a los adolescentes entre los 11 y 15 años de edad, del contexto escolar rural colombiano. El libro consta de cinco relatos ficticios, escritos por tres autores franceses contemporáneos, publicados por la editorial especializada en la difusión de la literatura denominada « infantil y juvenil » en Francia: *L'école des loisirs*.

Las escrituras simples y precisas de Jean-François Chabas, Agnès Desarthe y Ludovic Flamant recrean mundos infantiles universales, que permiten a alumnos colombianos de la Escuela Nueva aprender la lengua francesa y conocer el ámbito sociocultural contemporáneo del país de Jean de La Fontaine y de Charles Perrault. Las historias narran momentos de la vida escolar y familiar y describen emociones fuertes de miedo y de valentía, de tristeza y de alegría.

Este manual de lectura sigue el circuito del diálogo de toda situación de comunicación, que consiste en la interrelación de los turnos de habla -activos y receptivos- de las voces del escritor de cada cuento con la voz del docente y la voz del alumno. Las intervenciones de cada interlocutor están organizadas en secuencias progresivas basadas en la mayéutica y en la insinuación. Cada capítulo inicia con una pregunta que corresponde a los títulos de cada sección. La pregunta funciona como guía para que los maestros activen la curiosidad natural de los alumnos hacia el descubrimiento de saberes, de mundos, de comunidades y de culturas. Los porqués del niño y del adolescente se resuelven en la sección de comparación entre



los cuentos franceses y las historias colombianas. La inclusión de la competencia intercultural en el aula de clase y en el quehacer cotidiano de los alumnos será el resultado esperado de este diálogo didáctico.

Diana Paola Espinosa Sierra
Martha Pardo Segura



Introducción

Lisons en langue française es el resultado de una investigación sobre la lectura de obras literarias de escritores franceses en una institución educativa de la zona rural de Villa de Leyva, con los grados Primero a Quinto de Educación Primaria. Con el método histórico literario, se constató que la existencia de estas obras francesas en la Biblioteca del Instituto Técnico Nacionalizado Antonio Ricaurte, se reducía a dos autores clásicos: Jean de la Fontaine y Charles Perrault traducidos al español. Esta limitada presencia de obras literarias de autores franceses se contrastó con los contenidos literarios escritos en los programas de lengua castellana y lenguaje, y con los discursos de los alumnos. La triangulación de la información permitió formular las actividades que aparecen en cada capítulo. Se validaron dichas actividades en dos momentos: el primero, en el grupo de alumnos del estudio durante la práctica docente, en el segundo semestre del año escolar de 2010; el segundo, en el proceso de evaluación del trabajo investigativo final, cuyo contenido fue validado por tres docentes de la UPTC, expertos en didáctica y en literatura del francés lengua extranjera para la educación primaria, en el segundo semestre de 2011.

Este libro de lectura tiene como propósito apoyar el programa de reintroducción del francés en los colegios públicos rurales como lengua extranjera, en el contexto del convenio marco firmado en el año 2008 por la Embajada de Francia y las Secretarías de Educación municipales y departamentales de Colombia. Este momento político propició la ocasión para actualizar el repertorio de los nombres y los títulos de cuentos de autores clásicos como La Fontaine, Alfred Jarry y Charles Perrault.



El contacto con la literatura y la cultura francesas del siglo XXI se enriquece, entonces, con nuevos relatos integrales publicados entre los años 2000 al 2009.

Cinco cuentos que tratan los temas actuales de la vida de los niños en el colegio, en el hogar, y en la ciudad; los pensamientos y las preguntas sobre la existencia y los cambios fisiológicos y psicológicos que se dan en los periodos inestables de la niñez y de la adolescencia; el contacto con otras culturas e idiomas y los cuestionamientos sobre la supervivencia, el proceso de socialización, la relación con los padres, la imaginación, la mentira, los miedos; el estudio, las matemáticas, el lenguaje, la presencia de inmigrantes, de extranjeros y la mezcla de nacionalidades, entre otros. Estos temas son recreados en cuentos de varios autores de la década 2000 a 2009 como Anne-Laure Bondoux, Cyril Hahn, Domitille de Pressensé u Odile Hellmann-Hurpoil. *Les lionnes* (2009) (*Las leonas*), *Le Tsar* (2006) (*El Zar*), *Je veux être un cheval* (2006) (*Quiero ser un caballo*), *Petit Prince Pouf* (2002) (*Principito Pouf*), *Louis des sangliers* (2007) (*Luis de los jabalís*), cuyas obras son reproducidas en este manual de lectura para uso didáctico, con el fin de recrear situaciones cotidianas de los niños y de los adolescentes.

La lectura de los cinco cuentos mencionados permitirá ampliar el desarrollo cognitivo de los niños lectores para mejorar sus conocimientos interdisciplinarios históricos, geográficos, sociales y enriquecer sus prácticas culturales, en la medida en la cual se estimule la lectura como intercambio de puntos de vista, de ideas, de posturas y de cosmovisiones relacionadas con la situación de comunicación de clase. El funcionamiento cíclico de los turnos de habla entre el maestro, el alumno y el escritor durante el acto de leer debería permitir adquirir la competencia intercultural. Tanto el acto de leer en lengua extranjera como el acto de relacionarse con el otro son procesos que se enseñarán paulatinamente durante el desarrollo de cada acción pedagógica.

Las etapas didácticas que pueden facilitar la enseñanza de la lectura en lengua extranjera han sido estructuradas en tres momentos. El primero llamado la pre-lectura, permite el acercamiento a la vida literaria del escritor (biografía), a la teoría literaria inicial (tipología de géneros literarios y figuras) y



a la valoración educativa del uso de los medios virtuales de la web 2.0. El segundo denominado la lectura propiamente dicha, tiene como objetivo el aprendizaje del código lingüístico del francés, que favorece la fluidez en la lengua extranjera y la capacidad de estructurar ideas y expresiones simples y complejas en torno a las historias narradas de los personajes. Y, el tercer momento conocido como la post-lectura, se define como el proceso de asimilación del acto de leer para la apropiación de saberes literarios, e interdisciplinares, y el desarrollo de la competencia intercultural.

Cumplidas estas tres etapas, el diálogo en una situación de comunicación entre alumnos revelará la comprensión de los códigos lingüísticos y culturales propios, así como la comprensión de los códigos de otras lenguas que hablan seres diferentes para comunicarse. El alumno, finalmente, aprenderá a relacionarse con la diversidad de lenguas y culturas de su país y del mundo.

El maestro propondrá una meta conjunta hacia la cual los alumnos se dirigirán cuando aborden el cuento, la historia, y realicen las actividades de trabajo colectivo e individual. El alumno desarrollará el conocimiento formal de la literatura en francés, a partir de tareas precisas relacionadas con los aspectos literarios (biografía del autor, tipología del discurso literario, estética, figuras del discurso) y de la reflexión sobre los temas tratados por estos escritores franceses contemporáneos. Este saber-leer será significativo para los niños y los adolescentes razón por la cual si el maestro tiene en cuenta su creatividad durante el proceso de aprendizaje razón por la cual, la lectura se centra en la interacción del alumno con el texto.

Durante las tres etapas de lectura, las secciones de actividades funcionan como detonantes para la búsqueda de la información en internet, para la lectura de cada cuento, para la reflexión en torno a cada tema, y para la representación gráfica de lo leído (el dibujo, el coloreado, el collage o el pegado).

Como maestras de lenguas extranjeras en Colombia, podemos lograr en los alumnos la apropiación cognitiva y pragmática de la lengua escrita y oral, de la literatura y de la cultura francesas para un desempeño social acorde con los códigos



culturales del contexto francés en el ambiente colombiano. Creemos que aprender el francés antes de visitar países europeos, americanos, asiáticos, o africanos, de habla francesa y cultura francófona, permitirá un contacto de idiomas para establecer una relación intercultural activa.



Invitación a leer textos literarios en francés

... A los alumnos para estudiar la vida y la producción literaria de estos tres escritores franceses utilizando las herramientas que ofrecen las TIC, o la página web 2.0, con el fin de acceder a la información de cada autor, sus obras y su entorno artístico, social y biográfico. Ellos descubrirán más información sobre la literatura francesa en las direcciones de las páginas web citadas.

... A los maestros para explorar estrategias didácticas innovadoras del acto de leer en otro idioma compartiendo la sensación de pérdida, de extrañeza, de asombro, de miedo, de dificultad, de rechazo, de desinterés por las otras maneras de ser y ver el mundo de sus alumnos y estudiantes. Ellos ampliarán los ejercicios y las fuentes bibliográficas de acuerdo con el nivel de aprendizaje de la lengua francesa por los alumnos.

El papel del maestro

El maestro participará del diálogo entre el escritor y el alumno. El desarrollo de su clase puede organizarse por autor, siguiendo la progresión lingüística de los alumnos en castellano y en francés. El docente es libre de complementar cada actividad con ejercicios y ayudas educativas (videos, música, CD lecturas) para reforzar el aprendizaje del sistema fonético, lexical, gramatical y semántico, así como lo intercultural entre la literatura, la civilización y las lenguas francesa y castellana. Los alumnos leerán en voz alta cada relato o cuento para sensibilizarse y trabajar la fonética del idioma extranjero.

Forma de leer este libro

La estructura discursiva de este libro se basa en el diálogo entre el autor citado y el lector (maestro, alumno). Se parte de enunciados del



escritor francés, a manera de sugerencia, para que el estudiante entre en contacto “voluntario” con él. Este libro está organizado en tres partes. Cada una de ellas empieza con el nombre del escritor y el título del cuento o cuentos reproducidos. Bajo el título *Et si nous nous connaissions: je m'appelle (auteur) Y si nos conociéramos: yo me llamo (autor)*, se invita a los alumnos a tomar contacto con la vida y obra del escritor y a realizar las actividades de lectura progresiva de los cuentos.

La primera actividad sugiere utilizar el internet para consultar la biografía del autor con el fin de completar la ficha de presentación personal: *Et moi, une personne comme toi? (Y yo, ¿una persona como tú?)*.

La segunda actividad *Et moi, écrivain de livres pour toi! (¡Y yo, escritor de libros para ti!)* propone al alumno leer en las páginas web la información sobre las obras e identificar los temas tratados al interior de ellas; luego, se adentra en la teoría literaria de la tipología de los géneros, del mundo editorial y de las nuevas formas de hacer literatura con la ilustración.

La tercera actividad *Je t'invite à lire un de mes livres! (¡Te invito a leer uno de mis libros!)* busca que el alumno aprenda en detalle los datos de identificación editorial de la obra literaria. Esta sección termina con la transcripción del texto integral del cuento o relato para su lectura en voz alta y silenciosa.

La cuarta actividad *Maintenant, on t'invite à lire lentement le texte à l'aide de ces activités de lecture (¡Ahora, ¡te invitamos a leer lentamente el texto con la ayuda de estas actividades de lectura!)* presenta cuatro tareas que explican hechos históricos de la época del escritor, comparan la época literaria del escritor francés con aquella de un escritor colombiano escogido libremente en clase con el fin de jugar con elementos interculturales literarios, construyen el sentido de cada cuento de forma oral y escrita tanto en lengua francesa como en lengua castellana, y transfieren el conocimiento adquirido a la solución posible de un caso similar en contexto cultural colombiano.

La representación gráfica del contenido del cuento constituye la última actividad que ilustra el sentido de la obra literaria, que niños y adolescentes expresarán por medio de varias técnicas de dibujo, coloreado, collage o pegado de recortes.

Diana Paola Espinosa Sierra
Martha Pardo Segura

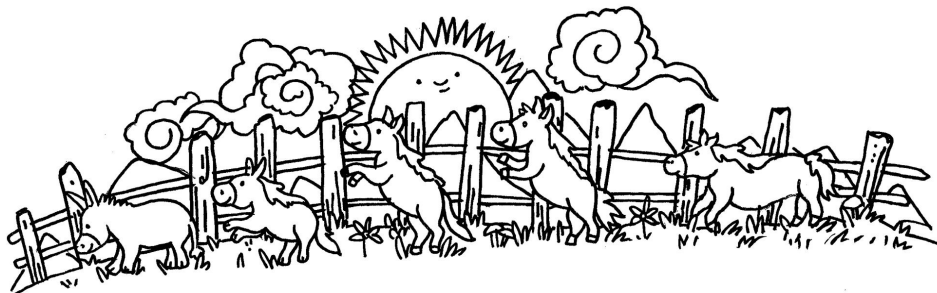


Agnès DESARTHE

Petit Prince Pouf (3 - 6 ans)



Je veux être un cheval (6 - 10 ans)



1. ET SI NOUS NOUS CONNAISSIONS...? Je m'appelle Agnès Desarthe

J'aimerais t'inviter à me connaître en consultant les pages web : *Agnès Desarthe. Biographie d'Agnès Desarthe* " <http://www.agnesdesarthe.com/bio.htm> " *Agnès Desarthe - Écrivain* <http://marais.evous.fr/Agnes-Desarthe-Ecrivain-et.html> ", et compléter l'information manquante.

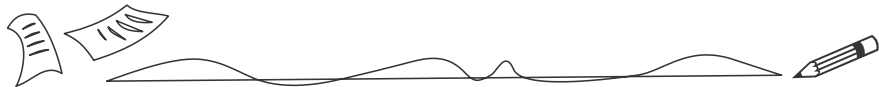
1.1 Moi, une personne comme toi !

Nom : DESARTHE
Prénom : Agnès
Date de naissance : 1966
Lieu de naissance : Paris
Nationalité : Française
Pays des parents :
État civil : Mariée
Famille : Dante Desarthe et deux enfants
Amis/connaissances : Yvon Girard
Goûts et passions : Cuisiner
Études :
École :
Collège :
Lycée :
Université :
Autre :
Langues : Arabe, russe, anglais et yiddish.
Profession (s) : Traductrice et maîtresse.
Lieu de travail : L'école Normal Supérieur
Durée:
Public: Enfants

1.2 Et moi, écrivain de livres pour toi !

1.2.1 Mes œuvres abordent les thèmes suivants :

1.2.2 Mes livres écrits et publiés. Lisez sur la typologie des formes littéraires d'écriture et écrivez le genre pour chaque œuvre :



Titre	Année	Maison d'édition	Illustrateur	Genre littéraire
Je veux être un cheval	2006	L'école de Loisirs		
Le petit prince Pouf	2002	L'école de Loisirs		
Le monde d'à côté	2002	L'école de Loisirs		
Les grandes questions	1999	L'école de Loisirs		
La fête des pères	1992	L'école de Loisirs		

1.3 Je t'invite à lire deux de mes livres !

Petit Prince Pouf (Agnès Desarthe)

Lieu : Paris

Maison d'édition : L'école des loisirs

Date de publication : 2002

Agnès Desarthe montre dans ce conte la confiance de l'enfant qui veut atteindre ses buts personnels et professionnels.

Veux-tu savoir comment ce personnage découvre qu'il n'était pas dans une guerre ?

Je veux être un cheval (Agnès Desarthe)

Lieu : Paris

Maison d'édition : L'école des Loisir

Date de publication : 2006

Agnès Desarthe aborde avec ce conte ironique la curiosité de l'enfant qui veut vivre de différentes façons la connaissance du monde pour atteindre son identité et sa maturité.

Veux-tu savoir qui est ce personnage ?



Petit Prince Pouf

Agnès Desarthe

“ Il était une fois...

Il était une fois... un pays où l'on ne donnait pas les noms à la légère. La formule de baptême était, toutefois, simple et rapide : on regardait l'enfant nouveau-né et, d'un ton plus ou moins solennel, on déclarait : “ Il a une tête à s'appeler Paulette, Jérémie, ou Camille. ”

Le roi et la reine de ce territoire eurent un jour un fils et, quand ils virent son visage, et son corps aussi, ils n'eurent pas le choix ; le seul nom qui leur vint à l'esprit fut Pouf.

Ils étaient un peu ennuyés, car ce n'était pas un bon nom de prince, ni même un bon nom d'enfant, mais rien à faire, le prince avait une tête à s'appeler Pouf. Petit Prince Pouf était extrêmement mignon : une tête toute ronde, un ventre tout rond, des mains et des pieds tout ronds.

Il était aussi extrêmement intelligent, si bien que lorsqu'il eut deux ans, le roi et la reine, ses parents, décidèrent qu'il était temps de commencer son éducation. Un beau matin le roi dit : “ Mettons-le à l'école. ” Mais la reine lui répondit : “ Petit Price Pouf ne peut pas aller à l'école. Il a un nom trop ridicule. Tous les enfants se moqueraient de lui. ” Le roi sut qu'elle avait raison. Il pensa un instant changer le prénom de son fils. Après tout, il était roi et avait tous les droits ; mais non, rien à faire, son fils avait vraiment une tête à s'appeler Pouf.

Alors il réfléchit et se dit qu'un précepteur, un professeur particulier, pourrait faire l'affaire. La reine fut conquise par cette idée.

“ Oui ”, dit-elle, “ un précepteur, c'est parfait ! Et c'est tellement plus chic que l'école. ”

Il ne leur restait plus qu'à trouver le meilleur professeur du monde, un instituteur spécialisé dans la formation des jeunes princes, et capable



d'en faire d'excellents rois. Afin de sélectionner le candidat idéal, ils écrivirent à tous les rois et toutes les reines du monde : “ Nous cherchons un précepteur pour notre fils ”, disait la lettre. “ Pourriez-vous nous indiquer le nom du meilleur selon vous ? ”

Ils reçurent des centaines de réponses et, bien souvent, le même nom revenait : Monsieur Ku. Il avait éduqué le roi de Chapoulie-Orientale et l'impératrice de l'île des Vouâtres. Son palmarès était impressionnant.

Le roi et la reine étaient presque décidés à le faire venir, lorsque Bougris, leur grand chambellan, fit une grimace : “ Drôle de nom pour un grand professeur, vous ne trouvez pas ? ”

La reine rougit. Le roi fit les gros yeux, mais ils ne répliquèrent rien car, sans se l'avouer, ils craignaient tous deux leur grand chambellan.

Bougris était sinistre et sérieux. De plus, il était jaloux et aurait bien aimé gouverner à la place du roi. Le roi et la reine, bien que se taisant, surent ne pas l'écouter. Ils firent appeler Monsieur Ku, qui arriva au château quelques jours plus tard.

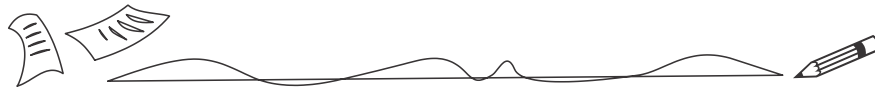
Petit Prince Pouf était impatient de rencontrer son maître. Il avait très envie d'apprendre pour devenir un bon roi comme son père. Lorsque Monsieur Ku entra dans sa chambre, qui servait de salle de classe, Petit Prince Pouf lui fit un grand sourire puis s'inclina respectueusement.

- “ Bonjour, Petit Prince Pouf. Je suis ton maître d'école. Je m'appelle Monsieur Ku ” “ Enchanté ”, dit Petit Prince Pouf.

- “C'est étrange ”, dit Monsieur Ku, “ tu es le premier enfant que je rencontre à ne pas éclater de rire en entendant mon nom. ”

- “Oh, vous savez ”, dit le prince, “ quand on s'appelle Pouf... ”

À cet instant, Monsieur Ku comprit qu'il avait face à lui un élève exceptionnel, le meilleur qu'il aurait sans doute jamais, et il en eut les larmes aux yeux.



- “Commençons tout de suite, si tu veux bien ”, dit-il.

Petit Prince Pouf était prêt. Il fit signe à ses parents et à Bougris de quitter sa chambre. Il voulait être seul pour son premier jour d'école.

- “ Aujourd’hui c’est notre jour numéro un ”, dit Monsieur Ku. “ Tu as deux ans et demain ce sera notre jour numéro deux. Je te propose donc, pour cette première leçon, d’apprendre à compter jusqu’à deux. ”

Pour Petit Prince Pouf, qui n’était encore qu’un bébé, cela semblait très difficile. Mais, à force de patience et d’exemples, d’exemples et d’exercices, Monsieur Ku réussit à lui faire comprendre que un et un font deux.

Le soir venu, le roi, la reine et Bougris se rendirent dans la chambre du prince pour demander comment s’était passée la journée.

- “ Bien”, dit Monsieur Ku. “ Petit Prince Pouf est un excellent élève. ”

- “ Parfaitement bien ”, ajouta le prince. “ Monsieur Ku est un grand professeur. Il m’a appris à compter jusqu’à deux ! ”

Le roi et la reine ouvrirent des yeux comme des roues de carrosse.

Bougris se contenta de ricaner. Lorsqu’ils eurent quitté la pièce, le grand chambellan s’écria : “ Si ça c’est le meilleur précepteur du monde, je suis un porc-épic à poil mou. Ce Monsieur Ku se moque de vous. Ce n’est pas en sachant compter jusqu’à deux que le prince deviendra un grand roi. ”

Le roi et la reine étaient perplexes. Un et un font deux, ça n’était peut-être qu’un début, et leur fils avait l’air si content.

- “Laissons-lui une deuxième chance ”, décidèrent-ils.

Le lendemain, Monsieur Ku entra dans la chambre du prince et déclara: “Aujourd’hui, deuxième jour. Leçon numéro deux, car un et un font...” “ Deux ! ”, répondit Petit Prince Pouf. L’élève et le maître se regardèrent, satisfaits l’un de l’autre. Ils s’aimaient déjà beaucoup.



- "Pour cette deuxième leçon, je te propose d'apprendre à faire des boudins en pâte à modeler. "

- "Ça a l'air si difficile. Je n'y arriverai jamais ", dit Petit Prince Pouf, parce qu'il était modeste, mais aussi parce qu'il n'était encore, ne l'oublions pas, qu'un bébé.

- " Je t'accorde que ce n'est pas facile, mais tu es très doué et je crois qu'en une journée tu pourras y arriver. Regarde, tu prends un morceau de pâte, tu le roules entre tes mains pour le réchauffer et en faire une boule bien lisse. Puis tu poses la boule sur la table et, du plat de la paume, tu la fais rouler en appuyant légèrement, jusqu'à ce qu'elle ait une forme de boudin. "

Tout en parlant, Monsieur Ku pétrissait la pâte et faisait jaillir de ses doigts des dizaines de boudins de toutes les couleurs.

Petit Prince Pouf essaya à son tour. Au débout, ses boudins avaient l'air de carottes ou de patates. Mais il s'exerça encore et, grâce aux conseils de Monsieur Ku, réussit, en fin d'après-midi, à faire un magique boudin, absolument boudiné, comme ne savent en fabriquer que les spécialistes de pâte à modeler.

- " Bien", dit Monsieur Ku. "Voilà un boudin tout à fait satisfaisant. À présent, fais-en un autre et dis-moi ce que tu observes. "

Petit Prince Pouf obéit et observa. Il se gratta la tête, le menton, leva les yeux au ciel. " Révision de la leçon d'hier ", dit Monsieur Ku pour l'aider à trouver. - "Ça y est, je sais ! " s'écria Petit Prince Pouf. " Un boudin et un boudin font deux boudins. "

Monsieur Ku le serra dans ses bras. "Tu seras un grand roi ", lui dit-il. À cet instant, le père et la mère du futur grand roi, accompagnés de Bougris, le chambellan, entrèrent dans la pièce. Avant même qu'ils aient eu le temps de demander des nouvelles de la journée, Petit Prince Pouf s'écria :

- " J'ai appris à faire des boudins ! Des boudins ! En pâte à modeler. J'en ai fait deux, car un et un font deux. "



Le roi et la reine quittèrent la chambre sans un mot. Ils étaient horrifiés.
- “ Je vous avais prévenus ”, leur dit Bougris. - “ Ce Monsieur Ku est un charlatan qui prend le prince pour un enfant ordinaire. Renvoyez-le tant qu’il est encore temps. ”

Le roi hésitait. Il n’avait jamais vu Petit Prince Pouf si heureux. Quant à la reine, elle dit d’une voix hésitante : “ Chez l’empereur, mon père, nous avons un proverbe : jamais deux sans trois. Et c’est pourquoi j’aimerais que nous accordions une troisième chance à notre nouveau précepteur. ”

Bougris était furieux mais ne laissa rien paraître.

Le roi dit : “ Bonne idée, ma reine. Car figurez-vous que chez mon père, qui était lui aussi empereur comme chacun sait, nous avons le même proverbe. ”

C’est ainsi que Monsieur Ku fut autorisé à revenir une troisième fois.

- “ Oh, bonjour, Monsieur Ku ”, dit Petit Prince Pouf en voyant arriver son professeur. “ J’ai à peine dormi cette nuit, j’étais si impatient de découvrir ce qu’on apprendrait aujourd’hui. ”

- “ Aujourd’hui tu vas apprendre qu’un chat est un chat. ”

- “ Un chat est un chat ”, répéta Petit Prince Pouf. “ D’accord. Mais qu’est-ce que ça veut dire ? ”

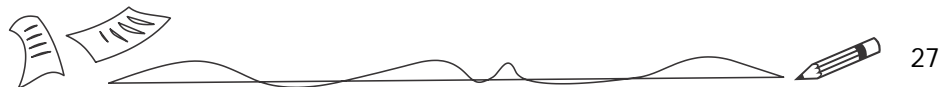
- “ Décris-moi un chat, si tu veux bien. ”

- “ Un chat a des oreilles pointues, un petit nez rose, quatre pattes, une longue queue, des moustaches, des poils et ...et... ”

- “ Je vais t’aider un peu ”, dit Monsieur Ku. “ Que mange un chat? ” - “ Des souris ! ” répondit le prince.

- “ Quel bruit fait-il ? ”

- “ Il fait miaou. ”



- “ Parfait. Je crois que c’est suffisant. À présent, écoute-moi. Que dirais-tu d’un animal qui aurait des oreilles pointues, un petit nez rose, quatre pattes, une longue queue, qui mangerait des souris, mais qui ne ferait pas miaou ? ”

- “ Je dirais que c’est un chat ”, répondit Pouf.

- “ Bien. Et que diras-tu du même animal s’il ne mangeait pas de souris, mais...voyons voir...des vers de terre ? ”

- “ Je dirais que c’est un chat. Un chat muet qui n’aime pas les souris. ”

- “ Très bien, Pouf. Maintenant, regarde. ”

Monsieur Ku dessina un chien et le montra du doigt. “ Si je te dis que cet animal fait miaou, que me réponds-tu ? ”

- “ Que c’est un chien. Un chien un peu bizarre, mais un chien quand même. ”

- “ Et pourquoi cela ? ” demanda Monsieur Ku.

Petit Prince Pouf se gratta la tête, le menton, leva les yeux au ciel et s’écria : “ Parce qu’un chat est un chat ! ”

Monsieur Ku le prit dans ses bras, le fit voler dans les airs et embrassa son large front. Jamais, non, jamais il n’avait eu aussi brillant élève. Comme il leur restait beaucoup de temps, ils décidèrent de faire la fête avec un grand goûter et de la musique.

Lorsque le roi, la reine et Bougris entrèrent, ils trouvèrent Monsieur Ku et son élève tout rougeauds et suants, les habits couverts de miettes de gâteau.

- “ Qu’est-ce que c’est que ce chantier ? ” hurla le roi. - “ C’est parce qu’aujourd’hui mon maître m’a appris qu’un chat est un chat. ”

La reine s’évanouit et fut aussitôt transportée au salon, où le roi et son chambellan la rejoignirent.



- “ Il faut à tout prix se débarrasser de cet imposteur ”, dit Bougris. -
“ Il va vous rendre votre enfant plus bête qu’il ne l’a pris. ” “ On
n’accuse pas sans preuve ”, dit le roi, qui repensait au visage rayonnant
de son fils.

- “ C’est juste ”, dit la reine en reprenant ses esprits. - “ Rien n’est pire
qu’un faux procès. Il faut trouver un moyen de s’assurer que Monsieur Ku
est tout à fait incapable de mener à bien l’éducation d’un futur roi ”

- “ Je crois que j’ai une idée ”, dit Bougris en se frottant les mains.

- “ Quel est le talent le plus précieux pour un grand roi ? - Vous le
savez aussi bien que moi, c’est savoir réagir en temps de guerre.
Allez-vous cacher dans le placard du couloir. Je vais organiser une
fausse guerre pendant la nuit, avec des explosions, du sang, des flammes.
Je dirai au prince que vous êtes morts tous les deux et que c’est à lui
de se débrouiller. On verra bien alors si ses leçons lui ont été
profitables. ”

Le roi et la reine jugèrent que le plan était bon. Petit Prince Pouf
risquait de passer une mauvaise nuit, mais ils savaient, l’un comme
l’autre, qu’un grand roi ne dort jamais sur ses deux oreilles.

Lorsque le soleil fut couché, ils entrèrent dans la chambre de leur fils
qui était déjà au lit.

- “ Bonne nuit, mon fils. Bonne nuit ”, dit le roi.

La reine se pencha pour déposer un baiser sur le front de son enfant ;
elle se redressa puis se pencha à nouveau et déposa un second baiser
sur la tête du prince. Après quoi, le roi et la reine allèrent se cacher
dans le placard du couloir.

Pendant ce temps, Bougris, certain que son plan allait fonctionner,
avait renvoyé Monsieur Ku : “ Le roi et la reine sont très déçus. Faites
vos valises immédiatement et déguerpez. ”

Monsieur Ku obéit. Il n’avait pas le choix.



Ce soir-là, Petit Prince Pouf ne parvint pas à s'endormir. D'habitude, il somnait dans le sommeil en un clin d'œil, mais quelque chose le tourmentait. Les autres soirs, son père lui disait seulement : " Bonne nuit, mon fils ", puis il disparaissait. Cette fois, il avait dit : " Bonne nuit, mon fils. Bonne nuit. " Aussi sûr qu'un et un font deux, quelque chose ne tournait pas rond. Ce n'était pas tout : chaque soir, depuis qu'il était né, Petit Prince Pouf recevait avant de dormir un baiser de sa mère. Un seul baiser toujours, " pour l'endurcir ", disait-elle.

- " Car les bisous n'ont jamais fait un grand roi. " Ce soir pourtant, elle s'était penchée à nouveau. " Un baiser et un baiser, ça fait deux baisers ", se répétait Petit Prince Pouf. " Il y a quelque chose de bizarre. "

Alors que Pouf venait enfin de s'endormir, Bougris déboula dans sa chambre : " Prince, Prince, réveillez-vous. C'est la guerre. Regardez par la fenêtre : les bombes, les incendies, le sang. Écoutez tous ces cris. "

Petit Prince Pouf s'approcha de la vitre. Il vit de la fumée, des jets de liquide rouge, il entendit des explosions et des hurlements.

- " Il faut prévenir mes parents ", dit le prince.

- " Vos parents ont été tués par l'ennemi ", dit Bougris. " Ils sont morts. "

Petit Prince Pouf ne pleura pas. Il ne s'affola pas. Il pensait : un et un font deux, un bonne nuit et un bonne nuit font deux bonne nuit. Un baiser et un baiser font deux baisers. Quelque chose ne tourne pas rond.

Un enfant pleure quand ses parents meurent et moi, je ne pleure pas. Un enfant a peur quand c'est la guerre et moi, je suis très calme. Un chat est un chat. Un chat est un chat. Un chien n'est pas un chat, même s'il fait miaou et mange des souris. Un chien n'est pas un chat et ... et...

- " Ceci n'est pas une guerre ! " - s'écria soudain le Prince Pouf. - " On m'a menti. Où sont mes parents ? "



Le roi et la reine, qui avaient tout entendu, sortirent du placard pour le serrer dans leurs bras.

- “ Tu seras un grand roi ”, lui dirent-ils. “Quant à vous, Bougris, vous êtes un bon à rien, un jaloux. Disparaissez et ne revenez plus jamais. ”

À quelques kilomètres de là, Monsieur Ku, sa valise à la main, marchait sur un étroit chemin de terre. Alerté par le bruit, il se retourna vers le château. Il vit les flammes, la fumée, entendit les cris ; mais son cœur demeurait calme.

- “ Petit Prince Pouf est déjà un grand roi ”, se dit-il, il s’en sortira très bien sans moi. Et la jolie d’avoir connu, ne fût-ce qu’une fois dans sa longue vie de professeur, un élève aussi doué lui dura jusqu’à la fin de ses jours.

Les habitants du royaume, de leur côté, racontent encore aujourd’hui que leur prince devint le plus grand roi du monde grâce aux trois leçons de Monsieur Ku.

Un et un font deux lui avait permis de sentir que ses parents avaient peur pour lui ;

Un chat est un chat lui avait fait comprendre le piège tendu par l’infâme Bougris ;

- “ Et les boudins en pâte à modeler, à quoi ça sert alors ? ” - demande parfois un enfant à qui on raconte cette histoire pour la première fois.

Invariablement on lui répond : “ Ça, personne ne l’a jamais su. ”

Desarthe Agnès. “ Petit Prince Pouf ” L’école des loisirs.
Paris, 2002.



Je veux être un cheval

Agnès Desarthe

“ De nos jours, tout le monde le sait, être un âne, c’est très chic. La plupart de nos vedettes de cinéma, les présentateurs de télé, nos meilleurs écrivains et les chefs d’États les plus respectés sont des ânes.

Mais l’histoire que nous allons raconter s’est passé il y a très longtemps, à une époque où être un âne n’était pas du tout à la mode. On peut même dire que, en ces temps anciens, l’âne était un animal méprisé et maltraité. On s’en moquait, on en faisait des caricatures. Quand, à l’école, un élève n’était pas sage ou qu’il avait de mauvaises notes, on le coiffait d’un bonnet d’âne pour le punir. Dans de nombreuses insultes, le nom de la pauvre bête revenait. Les automobilistes nerveux se traitaient de bougres d’âne, les parents, déçus par l’attitude de leurs enfants, leur demandaient cruellement : “ Mais quel genre d’âne es-tu ? ”

Or, notre héros, le personnage principal de cette histoire, était justement un âne, un vrai, avec de longues oreilles bien droites, une frange épaisse sur le front, une crinière courte et de grands yeux très doux. Comme tous les ânes, il faisait hi-han, mangeait de l’herbe et se morfondait dès qu’il était seul. Il s’appelait Albert, mais il n’aimait pas ce prénom, trop vieillot à son goût, et préférait se faire appeler Ben.

Ses parents habitaient un petit pré en lisière du village. Ils étaient très gentils et s’étaient toujours bien occupés de lui. C’est pourquoi ils avaient beaucoup de mal à comprendre son malaise, car Ben n’était pas heureux. Il gémissait à longueur de temps, tournait en rond dans son champ, refusait les chardons que lui offrait sa maman pour le goûter et donnait des coups de sabot dans la clôture.

—Mais qu’est-ce que tu as, mon fils ? demandait son père.



—Ben haussait les épaules.

—Pourquoi fais-tu la tête ? demandait sa mère.

Ben détournait le regard. Il ne répondait pas aux questions de ses parents.

Au bout d'un certain temps, son silence les inquiéta, et ils décidèrent de l'amener chez le docteur.

Le médecin du village était un chameau excessivement flegmatique. On ressortait de chez lui guéri et le cœur léger. Quand on pensait avoir un rhume, il diagnostiquait habilement la présence d'une plume de mésange dans l'arrière nez ; il la retirait à l'aide d'une pince, et hop ! on respirait comme avant. Quand on croyait se mourir d'une rhino-pharyngite, il trouvait habilement la miette de pain coincée au fond de la gorge, seule responsable des douleurs ; il vous faisait avaler un bon bouillon, et toc ! la miette était emportée ; finies les quintes de toux et les irritations.

Les parents de Ben avaient une grande confiance en lui, et, une fois dans sa salle d'attente, ils se sentirent déjà très rassurés.

Leur tour arriva enfin et le chameau flegmatique les reçut dans son cabinet, dont les murs étaient ornés de gravures scientifiques. On y découvrait des cervelles de grenouille, des squelettes d'ornithorynque, des pattes de taupes, des queues de castor, représentés dans les moindres détails. Assurément, ce docteur était un grand savant.

—Alors, demanda-t-il en regardant la petite famille par-dessus ses lunettes, qu'est-ce qui vous amène ?

—C'est notre fils, dit la mère.

—Hum ? fit le chameau.

—Il se plaint beaucoup, précisa le père.

—De quoi ? demanda le médecin.



Les parents haussèrent les épaules.

—Où a-t-il mal ?

Personne ne sut répondre à la question du docteur.

—Si je comprends bien, dit-il, vous êtes venus me voir parce que votre fils se plaint, mais ni vous ni lui ne savez de quoi il souffre ?

—C'est ça ! C'est exactement ça ! S'écria la mère, quasiment bouleversée par la précision de son analyse.

—Et toi, demanda-t-il à Ben, qu'est-ce que tu dis de tout ça ?

Ben ne répondit pas. Il se contenta de secouer la tête.

Le médecin se leva de son fauteuil, fit quelques pas autour de son bureau et demanda aux parents de bien vouloir sortir.

— Il faut que je m'entretienne seul à seul avec votre fils, leur expliqua-t-il. Les parents se rendirent dans la salle d'attente, un peu surpris, un peu déçus aussi.

—Alors comme ça, dit le chameau en s'adressant à Ben, tu gémis toute la journée ?

Ben demeura silencieux.

—Tu geins, tu pleures, tu refuses de manger ?

Ben ne remua pas une oreille.

—Tes parents sont très inquiets.

Le jeune âne poussa un soupir.

—Tu ne m'as pas l'air bien malade, dit le médecin. Grâce à ma longue expérience, un simple coup d'œil, me suffit pour affirmer que tu es un âne en parfaite santé. Poil brillant, panse bien ronde, naseaux larges et épanouis, oreilles dressées, fermes et duveteuses. Tu es tout à fait



magnifique. Mais tu es triste, et c'est ça qui m'inquiète. Vous, les ânes, vous avez toujours un petit air mélancolique, ça fait partie de votre caractère. Sauf que toi, c'est plus grave, quelque chose te chagrine.

Ben hochait vigoureusement la tête. Enfin, quelqu'un le comprenait.

—Dis-moi ce que c'est, ordonna le médecin. Je te promets de n'en parler à personne. Tu peux compter sur mon entière discrétion.

Ben réfléchit un instant. Regarda attentivement le visage sérieux du docteur et décida de se confier.

—Voilà, dit-il. Le problème, c'est que je suis un âne.

Le chameau haussa un sourcil. C'était la première fois qu'il entendait une chose pareille.

—Oui, dit-il. C'est juste, tu es un âne, un très bel âne même. Mais en quoi est-ce un problème ?

—C'est un problème, dit Ben., parce que moi, je ne me sens pas comme un âne à l'intérieur. Je voudrais être un autre animal.

— Ça par exemple ! s'étonna le médecin. Et quel animal voudrais-tu être ?

—Un cheval! s'écria Ben. Je voudrais être un cheval!

Le chameau était désorienté. C'était la première fois qu'il avait affaire à un trouble de la personnalité. Il demeura cependant aussi flegmatique qu'à son habitude et demanda simplement :

—Et pourquoi ça? Pourquoi voudrais-tu être un cheval ?

—Parce que tout le monde aime et admire les chevaux. Ils sont nobles et élégants. Ils ont de la force et du caractère. Ils ont des noms géniaux, comme Cristal de Caracas, Virtuel Palamède ou encore Ouragan du Closet, alors que nous, les ânes devons-nous contenter de Baudiquet ou Cadichon.



—Comment s'appellent tes parents?

—M. et M^{me} Bouboule.

—C'est très mignon, mais toi tu préférerais qu'ils s'appellent...

—Autrement. Je voudrais qu'ils aient un nom classe du genre Paradis Illuminatus, un nom étranger comme Starlight Duke.

—Je vois, fit le docteur en se grattant le menton.

Il se mit à marcher de long en large, de large en long.

—Les gens rient de nous, ajouta Ben, troublé par le silence du médecin. Il ne fait pas bon être un âne ces temps-ci. Je n'ai aucun ami et je me sens ridicule.

— Le ridicule, fit le chameau, n'est pas une maladie mortelle. Tu as de la chance.

Il retira ses lunettes et se frotta les yeux.

—Vous allez me guérir ? Demanda Ben anxieux. Mes parents disent que vous êtes un grand savant, que rien ne vous résiste.

Le chameau, flatté, esquissa un sourire. Mais bien vite, il retrouva son sérieux. Le cas de Ben l'inquiétait. Au cours de sa carrière, il n'en avait jamais connu de semblable. Afin de s'en assurer, il consulta son fichier. Quelques années auparavant, il avait examiné une grenouille qui voulait se faire aussi grosse qu'un bœuf, mais c'était très différent.

Il appela un collègue médecin de brousse au sud de Bamako, qui ne sut que lui dire. Il avait bien entendu parler d'un manchot qui voulait voler, mais il ignorait comment on l'avait soigné.

Dans la salle d'attente, M. et M^{me} Bouboule s'impatientaient. Ils se tordaient les mains d'angoisse et regardaient, coupables, les autres clients, leur faisant de petits signes comme pour s'excuser du temps que prenait la consultation de leur fils.



Au bout d'une heure, ils furent invités à entendre le diagnostic.

—Chère madame, cher monsieur, dit le médecin d'un ton solennel. La maladie de votre fils est rare, si rare que c'est même la première fois que le cas se présente.

À ces mots, M^{me} Bouboule éclata en sanglots.

—Rassurez-vous, dit le chameau.

C'est une maladie rare, mais ce n'est pas une maladie grave. Je dirais même qu'elle est bénigne.

M. et M^{me} Bouboule ne savaient pas ce que signifiait le mot "bénigne", mais le calme du médecin les apaisa.

—Que nous conseillez-vous ? demanda le père de Ben.

Un voyage ! annonça le docteur. Votre enfant a besoin de voir du pays. Il faut qu'il se change les idées.

Le problème, dirent les parents, c'est que nous n'avons pas d'argent pour payer l'avion, ni même le train. Comment faire ?

—Ben a des pattes, si je ne m'abuse, dit le chameau en plaisantant. Il marchera. Il pourra même courir.

—En entendant ces paroles, Ben bondit de sa chaise, enthousiaste.

—Oui, dit-il. C'est ça. Je vais courir. Courir autour du pré. Courir hors du pré. Je ferai le tour du village, puis le tour du pays !

—Vous voyez, dit le docteur, il a déjà l'air en bien meilleure forme.

Et c'était vrai. Ben était transformé. Son regard s'illuminait, il se voyait déjà parcourant des kilomètres dans des vallées, dans des forêts, bondissant pour franchir des ruisseaux et des cascades.

M, et M^{me} Bouboule n'en revenaient pas. Mais ils n'étaient pas tout à fait tranquilles. Ils désiraient connaître le nom de la maladie qui avait

frappé leur fils. Ils demandèrent donc au médecin quelques explications.

Ben frémit à l'idée que le chameau allait dévoiler son secret. Il n'avait pas du tout envie que ses parents apprennent ce qui le tourmentait. Il imaginait la peine qu'ils auraient en apprenant que leur fils désirait si fort être un cheval.

Heureusement, le médecin prenait très au sérieux ce qu'on appelle " le secret professionnel ", un serment par lequel les docteurs s'engagent à ne pas révéler certaines confidences que leur font leurs patients. Il entreprit donc de les éclairer, sans toutefois trahir la confiance de Ben.

—Vous avez sans doute entendu parler du " mal du pays ", dit-il à M et M^{me} Bouboule.

Les deux ânes hochèrent la tête.

—Il frappe les personnes qui sont trop longtemps loin de chez elles et qui ont la nostalgie de leurs origines, expliqua-t-il. Eh bien, dans le cas de Ben, c'est exactement le contraire. Votre fils a le " mal de l'ailleurs".

De nouveau, M^{me} Bouboule éclata en larmes.

Le docteur se leva pour lui taper gentiment sur l'épaule.

—Ne vous inquiétez pas, chère madame. Ce n'est rien. De la même manière que le mal du pays se guérit de lui-même lorsque le patient, éloigné de chez lui, revient à la maison, le mal de l'ailleurs cesse d'exister dès lors que l'on quitte le foyer pour découvrir d'autres horizons.

—Mais combien de temps devra-t-il passer loin de chez nous ? demanda le père de Ben.

—Quelques semaines, quelques mois tout au plus. Je suis certain qu'il va guérir très vite. Il a une excellente constitution. Et puis, il vous écrira. N'est-ce pas Ben ?



—Ben hocha la tête. Une fois rentrés chez eux, les Bouboule organisèrent le départ. La maman de Ben lui prépara une valise avec tout le nécessaire, ainsi qu'un sac de provisions, mais Ben lui expliqua qu'il n'avait besoin de rien.

—J'ai mes pattes pour marcher et courir. J'ai mes dents pour croquer les chardons. S'il pleut, je m'abriterai sous un arbre. S'il vente, je me collerai contre un mur. S'il tonne et que la foudre s'abat, je m'allongerai ventre à terre, comme papa m'a appris à le faire.

—C'est vrai, dit M. Bouboule. Nous, les ânes, nous n'avons besoin de rien. Nous sommes débrouillards et costauds.

Il était fier que son fils, qui avait retrouvé sa joie de vivre, se montre si audacieux.

Après un gros câlin d'au revoir, Ben se mit en route en chantant. Il était gai comme un pinson et impatient de découvrir sa nouvelle vie.

Dès qu'il sortit du champ de vision de ses parents, il se mit à courir, à galoper comme le plus vif des étalons. Il aimait sentir la caresse du vent sur sa crinière courte et adorait le claquetis-cloc de ses sabots sur la terre des chemins. Lui qui n'avait connu que son pré connaissait enfin l'ivresse des grands espaces. Il ne s'arrêtait que pour boire quelques gouttes de rosée et mâchonner distraitement des feuilles des trèfles en bordure de champ. Le reste du temps, de jour comme de nuit, il galopait, sous le soleil et sous la lune, dans la chaleur et sous la pluie. Il franchit bien vite la frontière de son pays et prit même un bateau, en clandestin, pour changer de continent. Depuis le port, il écrivit une lettre à ses parents.

Chère maman, cher papa,

Le docteur avait raison. Je me sens beaucoup mieux depuis que je suis parti. J'avais vraiment le " mal de l'ailleurs ". Je m'amuse beaucoup et je rencontre des tas d'animaux très gentils. Hier, j'ai discuté avec une autruche. Je ne sais pas si vous voyez ce que c'est comme bête, car il n'y en a pas chez nous. C'est une sorte de poule géante, avec un cou de cygne et des pattes longues



comme celles d'une girafe. Mais savez-vous comment sont les girafes ? Mon amie l'autruche m'a beaucoup appris. Par exemple, elle m'a expliqué que lorsqu'un danger menace, qu'on est poursuivi par un ennemi ou qu'un méchant nous attaque, il suffit d'enfourer sa tête dans le sable. C'est très ingénieux, vous ne trouvez pas ? Pour l'instant, je n'ai pas d'ennemis et personne n'essaie de m'attaquer, mais, on ne sait jamais. Vous me manquez beaucoup. Je reviens aussi vite que je peux.

Votre fils qui vous aime,

Ben Albert Bouboule.

C'était très bizarre pour notre héros d'écrire ainsi son nom au bas d'une lettre car, depuis qu'il était parti de chez lui, il se faisait appeler Magique Gulliver d'Estafette. À chaque nouvelle rencontre, il se présentait comme un cheval, tout le monde le croyait car, à force de courir, il avait maigri ; à force d'être rabattues par le vent, ses oreilles avaient rapetissé ; quant à sa crinière, depuis que sa mère ne la coiffait plus, elle avait poussé en désordre et descendait bien bas sur son encolure. Lorsque, par hasard, il croisait son reflet dans une vitre ou dans un miroir, il en était étonné lui-même, plus rien ne le distinguait de ses cousins, les chevaux. Son rêve s'était enfin réalisé. Le menton haut, le poitrail gonflé, il paradait de la steppe à la pampa ; des sommets enneigés aux déserts les plus arides.

Lorsqu'il rencontrait des chevaux, ces derniers, un peu étonnés par son physique lui demandaient d'où il venait. " Je suis un croisement entre un percheron et un pur-sang arabe ", répondait-il. Quand il lisait le doute dans le regard de son interlocuteur, il s'empressait d'ajouter : " Mais mon grand-père était poney de Mongolie. " Cette explication satisfaisait les esprits les plus méfiants.

Cependant, au bout de quelques mois, alors qu'il s'était complètement fait à sa nouvelle identité de cheval, remportant des courses, se nourrissant d'avoine et hennissant aussi fort que ses camarades, Magiques Gulliver d'Estafette, alias Ben Albert Bouboule, se lassa de sa vie d'errance. En rêve, il revoyait le pré de ses parents, à la lisière du village. Au réveil, il se souvenait avec émotion du délicieux goût des



chardons que sa mère cueillait pour lui. Dans ses lettres, il continuait de raconter ses succès et ses découvertes à ses parents, n'évoquant jamais le sentiment vague de nostalgie qui lui serrait parfois la gorge. Quand il recevait une réponse, il respirait le doux parfum de l'enveloppe, une odeur d'herbe et de fleurettes des champs, et il finit par se demander si, après avoir connu le mal de l'ailleurs, il n'était pas atteint par le mal du pays.

Afin d'en avoir le cœur net, il prit le premier avion pour chez lui. Il pouvait se le permettre car, à force de remporter des trophées à la course, il s'était constitué un petit magot.

Lorsqu'il atterrit au village, il fut surpris par la petitesse des maisons et l'étroitesse des chemins. Même les arbres lui semblaient chétifs. Pourtant il était heureux de retrouver les herbages familiers, les chants d'oiseaux timides dans les branches, le carillon des cloches autour du cou des vaches. Il galopa jusqu'au pré de son enfance, impatient d'embrasser ses parents.

M et M^{me} Bouboule avaient un peu vieilli car, contrairement aux pronostics de médecin, le voyage de Ben n'avait pas duré quelques semaines, ni quelques mois, mais plusieurs années. Lorsque ses parents le virent, ils ne le reconnurent pas immédiatement.

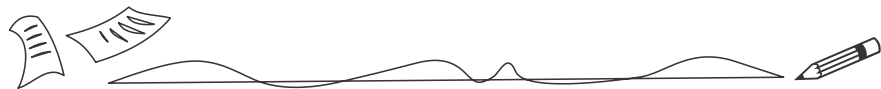
“ Tiens, se dirent-ils. Qui est ce grand beau cheval prétentieux qui vient nous rendre visite ? ”

—Papa ! Mama ! s'écria-t-il. C'est moi ! Magique Gulliver... heu, je veux dire, Ben, Albert, votre fils, quoi.

M et M^{me} Bouboule échangèrent un regard interloqué. Comment cette grande arrogante à la crinière de sauvage, aux oreilles minuscules, à la panse maigre pouvait-il être leur bébé chéri ?

—Hi-han ! leur dit-il, songeant comme il était bon de ne plus hennir, mais d'ahaner comme n'importe lequel de ses congénères.

—Hi-han, lui répondirent ses parents, émus aux larmes.



—Je suis de retour, leur dit-il.

—Mais es-tu vraiment guéri ? demanda la mère, qui lui trouvait une drôle d'allure. Tu as tellement changé.

Ben se frotta les oreilles, il les déplia, les redressa. Puis il souleva sa frange pour dégager ses doux yeux d'ânes aux longs cils.

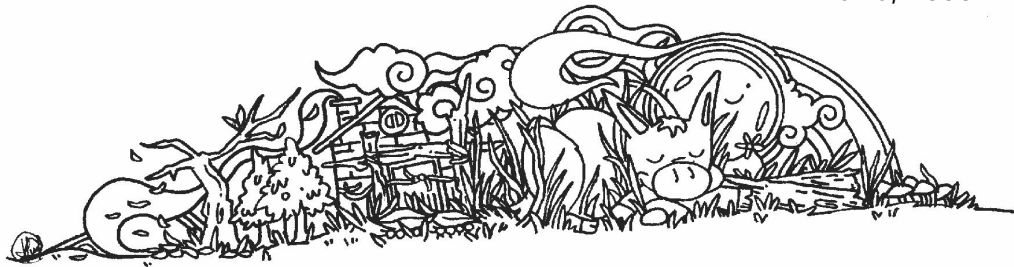
—J'ai grandi, c'est tout, dit-il d'une voix timide.

À partir de ce jour, Ben n'eut plus jamais envie d'être un cheval. Il n'avait pas renoncé à son rêve, au contraire. La nuit venue, il revoyait en songe ses courses, ses grands galops à travers les plaines infinies. Il était un âne, un vrai, avec de longues oreilles bien droites, une frange épaisse sur le front, une crinière courte (il s'était rendu chez le coiffeur peu après son retour) et de grands yeux très doux. Comme tous les ânes, il faisait hi-han, mangeait de l'herbe et se morfondait dès qu'il était seul, mais il tenait, enfermé dans son grand cœur d'âne, le claquement des sabots dans les nuits silencieuses, les couchers de soleil sur les vagues que l'on brise d'un coup de patte, et les joies éphémères du triomphe au champ de course.

Du coup, tout en étant un âne, un vrai, il était devenu un peu différent, et c'est ce qui fit que, quelques années plus tard, Margaux Cadichon, la fille des voisins, tomba amoureuse de lui, parce qu'elle était très difficile et qu'il ne ressemblait à personne.

Ensemble ils eurent trois ânon qu'ils baptisèrent Magique, Gulliver et Estafette. Personne ne sut jamais pourquoi, à part Ben et Margaux, bien sûr, et un certain chameau flegmatique, vieux médecin à la retraite qui se garda bien d'en parler à quiconque. ”

Desarthe, Agnès. “ Je veux être un cheval ” L'école des loisirs.
Paris, 2006.



1.4 Maintenant, on t'invite à lire lentement le texte à l'aide de ces activités de lecture

Petit Prince Pouf

Activité N° 1

Sur l'internet, lis les raisons de la France pour se retirer de l'O.T.A.N en 1966.

Activité N° 2

Écris le titre de deux contes colombiens qui abordent l'importance de la confiance des personnages pour atteindre leurs buts.

Activité N° 3

Qu'est-ce que tu aimes du conte " Petit Prince Pouf " ? Pourquoi ?

Organise une conversation sur les thèmes de deux contes en castillan. Puis, pratique la prononciation de quelques mots des contes dont tu te souviens.

Activité N° 4

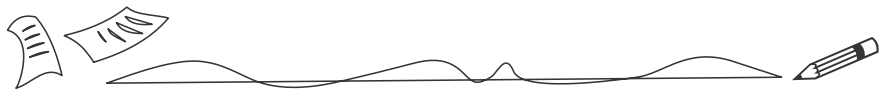
Coupe d'un journal ou d'un magazine, des photos ou des images représentant les rois, les reines, les princes et les princesses vivants d'aujourd'hui.

Puis, colle ces morceaux pour faire un collage sur le thème " La royauté du XXIème siècle ".

Je veux être un cheval

Activité N° 1 Consulte sur l'internet le début des aventures de Tintin en 1966.

Activité N° 2 Enquête à un adulte le nom de deux écrivains colombiens qui présentent dans leurs histoires la quête de l'identité des personnages.

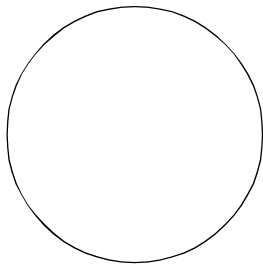


Activité N° 3

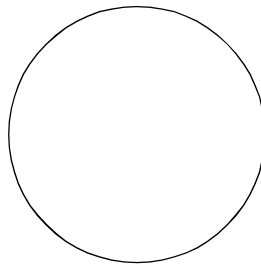
Si tu as un ami qui devient malheureux de sa condition physique, quel conseil tu lui donnerais ?

Imagine-toi perdu en France. Tu ne parles pas bien français. Alors, qu'est-ce que tu ferais ?

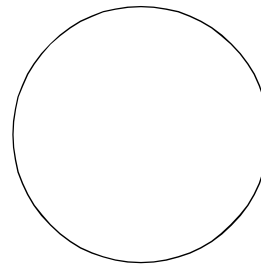
Dessine les étapes de changement de Ben, l'âne.



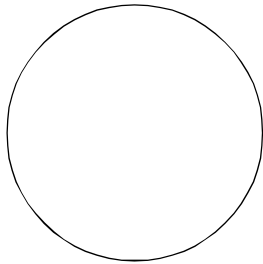
Ben chez le médecin



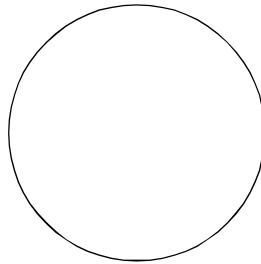
Ben dans le bateau



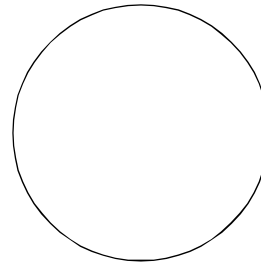
Ben, poney de Mongolie



Ben prend l'avion de retour



Ben arrive chez ses parents



Ben tombe amoureux



Ludovic FLAMANT

Louis des sangliers (7-10 ans)



2. ET SI NOUS NOUS CONNAISSIONS...? Je m'appelle Ludovic Flamant

J'aimerais t'inviter à me connaître en consultant les pages web : *Isabelle*. " *LUDOVIC FLAMANT : du théâtre à la littérature de jeunesse* " *Lectures ; la revue des bibliothèques, portrait d'auteur*. www.revue_Lectures_153_Ludovic_Flamant_du_theatre_a_la_litterature_de_jeunesse_par_Isabelle_Decuyper008.

Et maintenant, compléter l'information manquante.

2.1 Moi, une personne comme toi !

Nom : FLAMANT
Prénom : Ludovic
Date de naissance : 1978
Lieu de naissance :
Nationalité : Français
Pays des parents :
État civil : Marié
Famille : Deux enfants.
Amis/connaissances : Cédric Eeckhout et Henry Michaux.
Goûts et passions : Le théâtre
Études :
École :
Collège :
Lycée :
Université :
Autre : Théâtrales
Langues :
Profession (s) :
Lieu de travail :
Durée :
Public :

2.1.1 Et moi écrivain de livres pour toi !

2.1.2 Mes œuvres abordent les thèmes suivants : la paternité, la mort et la curiosité.



2.1.3 Mes livres écrits et publiés. Lisez sur la typologie des formes littéraires d'écriture et écrivez le genre pour chaque œuvre :

Titre	Année	Maison d'édition	Illustrateur	Genre littéraire
Louis des sangliers	2007	L'école de Loisirs	Emilie Seron	
La soupe aux miettes	2007	L'école de Loisirs		
Trop la honte	2007	L'école de Loisirs		
Derrière la haie	2005	Pépin	Emilie Seron	
Chambre 070	2005	L'école de Loisirs	Louis Joos	

2.2 Je t'invite à lire un de mes livres !

Louis des sangliers (Ludovic Flamant)

Lieu : Paris

Maison d'édition : L'école des loisirs

Date de publication : 2007

Thèmes: Ludovic Flamant aborde dans ce conte la jalousie de l'enfant qui change la vie chez l'homme.

Veux-tu savoir si ce personnage est le père de l'enfant ?



Louis des sangliers

Ludovic Flamant

Chapitre I Un homme sauvage

Boum !

C'est le bruit des sangliers. Ils foncent, tête la première. Chaque année, ils se battent Pour désigner un chef. Et, chaque année, Louis assiste aux combats. Car Louis est un homme à part : il vit dans la forêt, près des sangliers. Ce sont ses seuls vrais amis, libres et sauvages, comme lui. " C'est qu'ils valent mieux que les humains ", dit souvent Louis. Les sangliers pourtant ne sont pas tendres entre eux ! Quand les combats s'achèvent, il y a toujours des blessés.

Mais Louis les préfère tout de même aux hommes. Surtout le sanglier roux. Il accueille les perdants chez lui, leur donne à manger, soigne leurs blessures et leur ôte tiques et puces au coin du feu.

Les sangliers sont ravis, Louis aussi.

C'est la vie qu'il s'est choisie.

Chapitre II L'accident

Louis ne manque de rien avec les sangliers. Il les accompagne ramasser des champignons ou des châtaignes. Et s'il n'y en a pas assez, il les suit jusqu'à l'entrée du village pour piller les champs de maïs.

Les gens du village détestent ça, bien sûr.



Alors, à l'approche de l'hiver, ils organisent de grandes parties de chasse au sanglier.

Louis ne peut pas les en empêcher, mais il a au moins un plan efficace : il monte au sommet d'un arbre pour surveiller les alentours.

Ainsi, il voit les chasseurs arriver de loin et il a le temps de prévenir ses amis.

Seulement, aujourd'hui, lorsque Louis monte au sommet de son arbre, les chasseurs sont déjà là !

Pan !

Il est trop tard. Louis ne peut rien faire ! Les sangliers courent, mais les chasseurs les suivent en pointant leur arme. Pan et pan !

Tout est perdu. Non, peut-être pas : le sanglier roux parvient à rejoindre la route ! Il va s'enfuir !

Les chasseurs tirent tous en même temps en direction du chemin.

Horreur !

Une carriole ! Qui aurait pu prévoir ?

Chapitre III **Mauvaise surprise**

Voilà une heure que les chasseurs sont partis. Ils ont fui, les lâches ! La carriole s'est écrasée contre un rocher. Louis libère les chevaux.

Il n'y a plus rien à faire.

L'homme qui conduisait la carriole a reçu une balle dans le ventre. Il ne respire plus.

Louis chante pour lui une chanson très douce et très lente.



“ Je ne comprendrai jamais les hommes, ils n’apportent que le malheur ! ”

Soudain, il entend un cri.

Un bébé ! “ Surtout ne pas y toucher. Cette histoire ne me concerne pas ! Quand les chasseurs reviendront, ils trouveront le bébé et ils s’occuperont de lui. ”

Mais Louis sait bien que les chasseurs ne reviendront pas. “ Si je laisse cet enfant ici, il mourra. ”

Louis verse une larme, à cause du vent qui lui pique les yeux.

“ Bon, je t’emmène au chaud pour cette nuit. Je te déposerai demain à l’entrée du village ”.

Chapitre IV **Une nuit difficile**

Toute la nuit, Louis essaie de comprendre ce que mangent les bébés. Celui-ci n’aime ni les champignons ni les châtaignes.

Encore moins les racines bouillies. L’enfant accepte finalement du maïs cuit à l’eau et bien écrasé. Pourtant il pleure toujours. “ Que veux-tu encore ? ”

Louis le prend dans ses bras et marche avec lui. Bientôt, le petit s’arrête de pleurer. Il sourit. Louis aussi veut sourire. Mais il sent une odeur affreuse, “ Est-ce toi qui sens ainsi ? ”

Louis défait prudemment le linge. Il n’a pas de quoi le changer mais il se débrouille avec une vieille chemise.

“ Je sais maintenant que tu es une fille. Es-tu contente du linge que je t’ai fait ? ” L’enfant ne répond rien.

Elle s’est enfin endormie.



Quand les premiers rayons du soleil apparaissent, on frappe à la porte. C'est le sanglier roux. Louis soigne ses plaies, mais n'ôte pas ses tiques et ses puces. Et quand le sanglier veut manger, Louis lui interdit de toucher au maïs. " C'est pour la petite qui dort là " Le sanglier roux est fâché. Il part. " Il peut bouder tant qu'il veut, je m'en moque ", dit Louis. Puis, il regarde la petite fille qui repose dans son lit. " Je devrais peut-être te garder encore quelques jours ? Tout à l'heure, nous irons au village pour acheter des couches et un biberon. "

Chapitre V Descente au village

Au village, tout le monde regarde Louis de travers. Les gens disent : " N'est-ce pas ce fou qui vit avec les sangliers ? "

Louis fait semblant de ne rien entendre. Il veut juste aller à l'épicerie et repartir aussitôt. L'épicière trouve ça bizarre : un homme qui cherche des couches et un biberon pour un bébé sanglier ! Elle demande :

" Un bébé sanglier en cette saison ? "

" Oui, c'est rare, mais cela arrive. "

" Et qui fait pipi au lit ? "

" Oui, oui... C'est ainsi ! "

Les jours passent vite, puis les mois. " Pa-pa-pa-pa ! " dit la petite. " Non : Louis. Je ne suis pas ton papa. " " Papa ! " Répond la petite. Elle aime toucher à tout et essaie de se mettre debout pour mieux attraper les affaires. Souvent, Louis s'affole :

" Non, non ! Pas cela, c'est dangereux ! " Ça la fait rire.

" Je crois qu'il te faudrait des jouets. "

Ils vont souvent au village à présent. " Nous verrons ce que la jolie



épicière a pour toi. ” “ Papa ! ”

“ Non : Louis. Cache-toi, maintenant, nous allons arriver. ”

L'épicière dit : “ Bonjour, vous venez pour votre bébé sanglier ? ” “ Oui, il lui faudrait des jouets. ” Ça fait sourire la demoiselle : “ Un sanglier fille ou un sanglier garçon ? ” “ Fille. ”

“ De quel âge ? ”

“ Euh... ”

“ Elle marche encore à quatre pattes ? ” “ Non, elle commence à se tenir debout. ” “ Eh bien, si votre sanglier debout a aussi des petites mains, elle aimera sûrement cette poupée. ” Puis, elle ajoute : “ Si vous avez un jour besoin de quelqu'un pour garder votre sanglier, n'hésitez pas, j'adore les enfants. ” Louis rougit comme un coquelicot.

Chapitre VI **La disparition**

Louis rêve de l'épicière, mais ses rêves sont interrompus par des bruits étranges. Comme si quelqu'un rôdait autour de la maison... Louis n'aime pas ça. Il songe au sanglier roux. “ Et s'il revenait pour se venger ? Je devrais fermer à clé. ” Il va voir à côté si l'enfant dort bien.

“ Mon Dieu ! ”

Louis sent qu'on lui arrache le cœur : le lit est vide ! Il voudrait appeler au secours, mais appeler qui ? “ Où es-tu ? Où es-tu, mon ange ? ”

Tout à coup, un bruit ! Louis s'arrête. Il tend l'oreille. C'est un gémissement. Elle doit être là, quelque part !

“ Je t'en prie, mon bébé, dis-moi où tu es. ” Elle pleure et, pour une fois, Louis est heureux de l'entendre pleurer. Il ouvre l'armoire. Elle est là, petite boule tremblante au milieu des vêtements.



Le sanglier roux n'est pas venu. " Tu m'as fait peur, tu sais. La plus grande peur de ma vie ! " Il la serre dans ses bras. Il sent sa chaleur.

" Mais !

Tu as de la fièvre ! "

Chapitre VII **Aurore**

C'est la nuit, mais Louis s'en moque : il sort en pyjama dans la neige. Il court aussi vite qu'il peut jusqu'au village.

Il doit ramener l'épicière chez lui. "Elle adore les enfants, elle saura sûrement ce qu'il faut faire. " Au village, la jeune femme l'écoute. Louis est très nerveux : " J'ai dû la laisser seule ! Dépêchons-nous, le jour va se lever ! "

La petite est restée là, bien sage. " Voyez : elle va déjà mieux. " Louis retrouve peu à peu son calme. " Comment vous remercier ? " " Avec un petit déjeuner, ce serait parfait ! "

Ils passent ainsi la journée ensemble. L'épicière s'appelle Aurore. " Et comment s'appelle votre fille ? " " Eh bien...Je ne sais pas. " " Appelez-la Louis, puisqu'elle vous ressemble ! " Louis se sent fier.

C'est vrai qu'elle lui ressemble.

Dehors, la neige tombe à nouveau. On entend les sangliers au loin.

" Café ? " " Volontiers. "

Alors, Louis sert le café et remet une bûche dans le feu. Louis dit : " Papa ! "

Et Louis répond : "C'est moi."

Flamant Ludovic. *Louis des sangliers*. Paris: L'école des loisirs, 2007.



2.3 Maintenant, on t'invite à lire lentement le texte à l'aide de ces activités de lecture

Activité N° 1

Consulte sur l'internet en quoi consiste l'Union pour la démocratie française créée en 1978.

Activité N° 2

Écris le nom de deux écrivains colombiens qui abordent l'adoption des enfants dans leurs contes.

Activité N° 3

Réécrit la fin du conte *Louis des sangliers*. Puis, justifie ton choix.

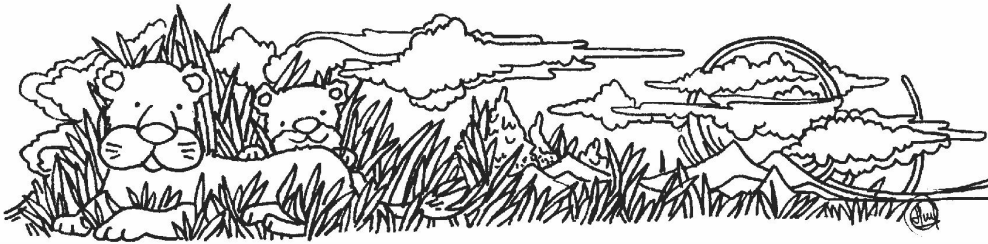
Activité N° 4

Le sanglier est un animal qui ressemble le porc. Dessine le corps de deux animaux avec un crayon. Puis, trouve du matériel pour imiter la texture de leurs peaux.

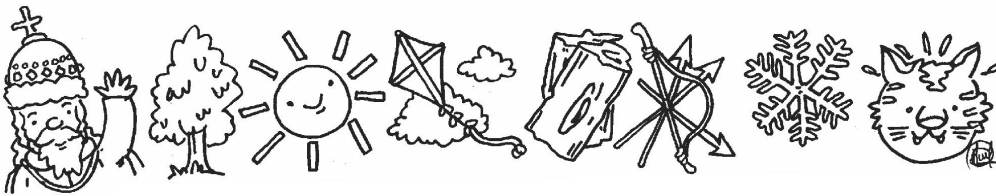


Jean-François CHABAS

Les lionnes (11-15 ans)



Le Tsar (11 - 15 ans)



3. ET SI NOUS NOUS CONNAISSIONS...? Je m'appelle Jean-François Chabas

J'aimerais t'inviter à me connaître en consultant les pages web : *Jean-François Chabas*. www.bibliopochette.com/crivain/Chabas,Jean-Francois/28430.

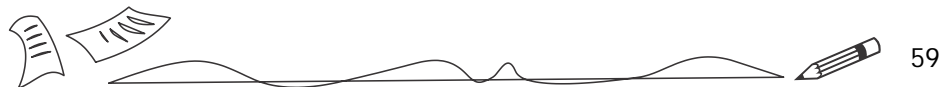
Madeline Roth. www.dossier.citrouille.chabas.com ” 2006, pour compléter l'information manquante.

3.1 Moi, une personne comme toi !

Nom : CHABAS
Prénom : Jean-François
Date de naissance : 1967
Lieu de naissance : Neuilly-sur-Seine
Nationalité : Français
Pays des parents :
État civil :
Famille :
Amis/connaissances :
Goûts et passions :
Études :
École :
Collège :
Lycée :
Université :
Autre :
Langues :
Profession (s) :
Lieu de travail :
Durée :
Public :

3.1.1 Et moi, écrivain de livres pour toi !

3.1.2 Mes œuvres abordent les thèmes suivants :



3.1.3 Mes livres écrits et publiés. Lisez sur la typologie des formes littéraires d'écriture et écrivez le genre pour chaque œuvre :

Titre	Année	Maison d'édition	Illustrateur	Genre littéraire
Le Tsar	2006	L'école de Loisirs		
Les lionnes	2009	L'école de Loisirs		
J'irais au pays des licornes	2009	L'école de Loisirs		
La balle fantôme	2008	L'école de Loisirs		
Journal de Marc Lire	2008	L'école de Loisirs		

3.2 Je t'invite à lire un de mes livres !

Les lionnes (Jean-François Chabas)

Lieu : Paris

Maison d'édition : L'école des loisirs

Date de publication : 2009

Jean-François Chabas présente dans ce conte une métaphore de la cruauté des animaux entre eux et la loi de la nature et la relation entre les êtres forts et les faibles. Veux-tu savoir quel est l'animal le plus fort de cette histoire ? Et pourquoi ?

Le Tsar (Jean-François Chabas)

Lieu : Paris

Maison d'édition : L'école des loisirs

Date de publication : 2006

Jean-François Chabas aborde la persévérance de l'enfant qui doit quitter la dépendance affective pour passer à l'âge adulte. Veux-tu savoir qui est le Tsar ?



Les lionnes

Jean-François Chabas

1

“ La mère a rampé dans les hautes herbes sèches, elle s’y est installée et elle a attendu. Les hommes commençaient à allumer leurs lampes pour la soirée. La mère n’aimait pas ces lumières aiguës qui perçaient les ténèbres et faisaient mal à ses yeux déjà habitués à l’obscurité. Elle a posé sa tête sur ses pattes de devant. Ses moustaches, qui avaient été hérissées tandis qu’elle progressait vers l’ennemi, se trouvaient désormais collées à la partie inférieure de sa face.

La mère haïssait les hommes, de cette haine qu’on peut seulement éprouver lorsqu’elle est provoquée par la peur ou la volonté de vengeance. Un an auparavant, elle avait vu deux de ses sœurs se faire tuer à ses côtés. Les hommes avaient brandi des tiges luisantes, il y avait eu des bruits étranges, des sortes de tonnerres courts, et ses sœurs étaient mortes.

Beaucoup de choses échappaient à la mère quant à la nature et au comportement des hommes, mais elle savait ce qu’était la mort ; à l’instant où elle avait vu ses sœurs tomber, la mère avait compris que celles-ci ne se relèveraient pas. Il y avait eu d’autres tonnerres courts, et le bruit de gros frelons qui passaient près de sa tête dans un vrombissement sec.

La mère s’était enfuie en laissant derrière elle les corps de ses sœurs. Elle était revenue le lendemain, mais il n’y avait plus rien, plus rien que l’odeur qui déjà diminuait ; l’odeur, aussi, de ces hommes, différente de celle des autres hommes qui, eux, n’avaient pas le pouvoir de tuer de si loin.

L’odeur de ces hommes-ci était complètement nouvelle, et n’avait rien à voir avec ce que la mère avait appris de la nature. Elle croyait



connaître l'odeur humaine, elle connaissait même le goût de la chair de l'homme puisque, beaucoup plus jeune, elle avait mangé un enfant humain près du gué, à la rivière.

Ce n'était pas une de ses proies habituelles ; seulement, il avait été là et elle avait faim. Elle l'avait donc dévoré.

Est-ce que ces nouveaux hommes à l'étrange odeur avaient mangé ses sœurs ? La mère était expérimentée, capable de jugement, à sa manière, mais il y avait des questions qui restaient à jamais brouillées dans son cerveau.

Ce soir, un an après, la mort de ses sœurs, elle s'était décidée à venir tuer les nouveaux hommes.

Et sa fille l'accompagnait.

2

La fille était plus puissante que sa mère ; plus grande, plus lourde, et pourtant plus rapide. Elle était immense pour une femelle, les mâles ne s'y trompaient pas, qui l'avaient approchée avec prudence quand elle avait eu l'âge pour cela. Elle avait mené un vrai combat, des heures durant, combat à coups de patte, et ponctué de sifflements, de feulement, de miaulements, de grognements, avant de se laisser couvrir. Enfin, le mâle lui avait léché les épaules, mordillé la nuque, et elle s'était soumise.

Elle avait eu deux petits, presque aussitôt attaqués et mangés en l'absence du père par un mâle rival, qui voulait qu'elle soit à nouveau disponible pour être fécondée par lui.

Ainsi parfois, font les lions.

Dans la harde, il y avait onze femelles, trois mâles, et sept petits. La très grande lionne était la seule fille de la mère, celle-ci commençant à vieillir, de cette vieillesse qui n'est pas bonne pour les lions car



lorsqu'ils sont trop lents, ils n'attrapent plus de proies et ils peuvent mourir affamés.

Cependant, les liens entre la mère et la fille étaient tissés serrés. Ça avait été le contraire autrefois, mais la fille s'était mise à défendre pour la mère des quartiers de viande arrachés aux animaux abattus par les chasseuses de la harde.

Ce n'était pas le cas de mâles, mais les lionnes de la harde étaient toutes parentes entre elles, comme le veut la loi des lions. La fille avait des cousines dans le groupe ; la mère y avait des nièces, et, autrefois, les deux sœurs si étrangement tuées par les hommes. Mais cette parentèle leur était indifférente. Seuls leurs propres enfants les avaient occupées. La mère avait eu quatre mâles, qui tous étaient depuis longtemps partis pour diriger une autre harde, ou pour y participer. La grande lionne était l'unique femelle qu'elle ait mise bas.

La fille, depuis que ses petits avaient été mangés, ne s'était plus accouplée. Le lion qui les avait tués était resté sur son meurtre inutile, car la fille lui avait labouré la face à coups de griffes, et l'avait même sévèrement mordu à l'épaule.

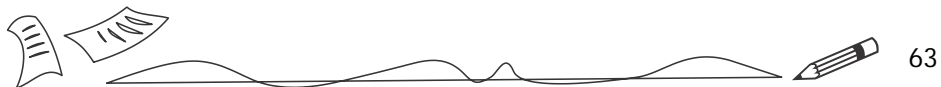
Ce n'était pas une attitude commune chez les lionnes, mais c'était celle de la fille.

Par un matin de grande sécheresse, qui cuisait la pleine, la mère avait emmené la fille à travers les bosquets ; pas pour chasser, ni pour aller boire. Elles s'en étaient allées, elles avaient quitté la harde pour toujours.

Elles n'avaient pas besoin de l'entraide du groupe. Ou bien elles croyaient n'en avoir pas besoin. Ou encore elles étaient parties, juste pour partir.

3

Les lionnes avaient longtemps cheminé, à travers les terres arides. Au troisième soir qui avait suivi leur départ, elles avaient tué une famille



de porcs-épics, qu'elles avaient assommés à coups de patte avant de les déchiqueter.

Au septième jour, la mère avait entendu les bruits que faisaient les hommes étranges. Ceux-là même qui avaient tué ses sœurs, un an auparavant. Puis, seulement, le vent lui avait porté leur odeur. Elle avait parcouru un très large demi-cercle, sa fille collée à son flanc, pour s'approcher sans être vue.

Ces hommes particuliers avaient des peaux pardessus leur peau. Ils s'affairaient autour de quelque chose de bruyant, plus grand qu'un grand éléphant, et qui crachait de la fumée par le haut. La fille avait peur. La mère ressentait une rage d'instinct. Elles reviendraient à la nuit.

La mère a bougé dans les herbes, gênée par un stercoraire mangeur de bouses qui cheminait sous son ventre. La fille, indécise, a tourné sa face vers elle. Que fallait-il faire? Elles étaient là pour l'attaque, mais la fille n'avait jamais eu affaire aux hommes ; elle en avait aperçu de très loin, les hommes noirs qui n'avaient qu'une peau, mais comme presque tous ses congénères elle se gardait de les approcher ; elle charriait dans son sang la crainte atavique de l'humain. Ces hommes-ci, blancs de face, avec leurs curieuses peaux qui pendaient et leur odeur anormale, n'avaient pas leur place dans le monde de la fille, et elle ne savait qu'en penser. Proies ou prédateurs ? Mais sa mère voulait tuer. Alors, comme toujours, elle poserait ses pas dans les siens.

Les lionnes ont attendu longtemps. L'énorme chose a arrêté de cracher de la fumée, les hommes ont cessé de crier et de donner des coups dans le sol, et ils ont mangé. Les effluves d'une viande qui rôtissait ont donné faim à la fille. La mère était perdue dans ses pensées de lionne, et dans les pensées de ce soir précis il n'y avait pas de place pour la faim. Un des hommes s'est éloigné du groupe, il a marché en direction de la mère et de la fille, il s'est arrêté et il a uriné en regardant les étoiles du ciel sans lune. Raidissant les muscles de sa croupe, la fille a failli sauter sur lui, mais par ondes, sa mère lui a ordonné de n'en rien faire.



L'urine avait une odeur mâle, poussée par le vent dans les narines des lionnes couchées. L'homme est retourné au groupe, s'étirant et poussant un gémissement qui a rappelé à la fille un de ses lionceaux.

4

Pour les hommes, c'était l'heure du sommeil. Pour les lionnes, l'heure propice à la chasse. Quand tout a été silencieux, elles se sont mises en mouvement. Leurs pattes, bien que lourdes au bout de leurs membres puissants, se posaient comme des plumes au sol ; aucun bruit n'a trahi leur approche.

Les hommes étranges étaient cachés dans des abris, mais la fille et la mère sentaient leur odeur à travers la toile. Elles ont traversé le camp, y ont déambulé. La fille était partagée entre la crainte, la curiosité, et l'instinct de mort. Seul ce dernier préoccupait la mère. Comme les abris étaient clos, la mère a donné un coup de patte dans le tissu, aussitôt déchiré, et elle a mordu à la tête un des hommes qui dormait une seconde auparavant, puis elle l'a tiré au dehors de l'abri, aussi facilement qu'elle avait autrefois porté ses petits dans sa gueule. L'homme a poussé un seul cri, puis il est mort ; déjà un autre homme se dressait et hurlait, depuis l'intérieur du même abri. La fille s'est jetée sur lui avec une telle puissance qu'elle et sa proie ont roulée loin, dans les feuillages, près du feu qui avait servi à rôtir la viande.

La fille a tué l'homme.

Mais partout dans le camp les lampes se rallumaient, et partout résonnaient les cris de ceux qui portaient des peaux sur leur peau, et dont l'odeur n'était pas naturelle.

Les lionnes ont tué sept hommes, elles en ont grièvement blessé cinq autres, puis il y a eu les tonnerres courts que la mère avait entendus le jour de la mort de ses sœurs. Elle a donné à la fille le signal du départ, mais la fille, saoulée par le sang, n'a pas aussitôt obéi. Elle s'acharnait sur un corps. La mère est venue la bousculer. Les tonnerres courts

résonnaient de plus en plus nombreux, accompagnés de petites flammes et d'une puanteur acide, âcre, portée par une légère fumée, surpassant le goût du sang frais. Enfin, d'un coup, la fille a lâché l'homme ; la mère et elle se sont enfuies dans la nuit.

Derrière les lionnes, se mélangeaient en concert discordant les criaileries humaines, et la mère a perçu, dans sa course, l'image-souvenir des disputes aiguës des chimpanzés.

Après qu'elles ont été loin, la mère et la fille se sont couchées près d'un grand acacia. La fille a gémi entre deux halètements, et la mère a vu le sang sourdre de son épaule.

5

Il fallait s'éloigner des hommes. Ce n'était jamais bon de traîner près d'eux, ça l'était encore moins après l'attaque qu'elles avaient portée à la nuit. Aussi, dès avant l'aube, les lionnes avaient repris la route.

Mais la fille souffrait de sa blessure à l'épaule. Elle devait s'arrêter souvent, et lorsque le soleil a été haut dans le ciel, elle s'est couchée au cœur d'un bosquet, l'éperon corné dissimulé dans les poils au bout de sa queue écrasant les mouches contre son flanc. La mère a léché la plaie de sa fille. Bien que couchée, elle aussi se redressait sans cesse, pour guetter, bien qu'il n'y eût rien d'immédiat à redouter. Ce qu'elle craignait était immatériel, mais elle ne le savait pas.

Bien plus tard, les éléphants sont passés, non loin du bosquet. Leurs petits étaient à l'abri au centre du groupe. La fille n'aimait pas les éléphants, car ils faisaient partie des rares animaux qu'elle craignait, avec les hippopotames, les rhinocéros, et certains buffles. Une fois, elle et trois de ses cousines avaient essayé de s'attaquer à un éléphanteau un peu éloigné de son clan, mais à peine avaient-elles entrepris leur manœuvre d'encerclement qu'un grand mâle avait surgi, ses énormes oreilles battant de chaque côté de sa tête, la trompe dressée, ses défenses jaunes luisant au soleil rouge du crépuscule. Son



barrissement avait fait fuir les lionnes. Il avait suffi à la fille de sentir la terre trembler sous ses coussinets, lors de chaque enjambée du géant, pour éprouver le poids de l'ennemi. Celui-là, il était impossible de l'affronter.

Le monde des lionnes était fait de combats ; parfois, malgré tout, on devait renoncer.

Le vent a tourné. Une éléphante a senti les lionnes, dans les bosquets. Elle a aussitôt prévenu ses compagnons, et, pour eux comme pour les lionnes, l'air s'est chargé de menace.

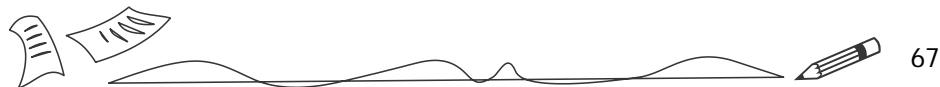
Aussi bien, un ou deux des pachydermes pouvaient venir écraser les lionnes, ou s'y efforcer, mais rien de cela ne s'est produit. Le groupe a resserré les rangs autour des petits, et les immenses bêtes ont continué leur lent et pesant voyage.

La fille a laissé retomber sa tête sur la mousse sèche du bosquet. La mère s'est levée pour revenir lécher la blessure qui continuait à suinter. Loin déjà, un des éléphants a barri, et le son clair et strident a sonné comme l'adieu aux adversaires.

Non loin de là, accompagnée de ses sœurs, la hyène à la robe sombre a pour la première fois sentie l'odeur du sang de la fille.

6

C'était là ce qui occupait tout son être : sentir la mort, puisqu'elle en vivait. La hyène sombre ne s'était jamais attaquée à un ennemi vaillant. Et pourquoi l'eût-elle fait ? Il suffisait d'attendre. Elle ne puisait pas le sentiment de sa force dans le courage de l'affrontement, mais dans l'affaiblissement de ceux qu'elle désirait vaincre. Dans la sensation de puissance que lui apportait sa meute, également, car jamais, au grand jamais, la hyène sombre ne se battait seule.



Ce jour, elle était rassasiée. Ses sœurs et elles avaient eu l'aubaine de trouver la veille un cadavre de girafe en décomposition ; certes, les vautours y étaient déjà attablés par centaines, mais les hyènes, plus fortes et sûres de n'encourir aucune blessure, les avaient chassés, le temps de se remplir le ventre de viande pourrie.

Ainsi, la hyène sombre, qui dirigeait la meute, n'avait-elle pas éprouvé l'irrépressible besoin de s'approcher de la fille blessée, car elle n'avait pas faim, et elle avait également flairé qu'il y avait là, dans le bosquet, une autre lionne. Son odorat était beaucoup plus puissant que celui de la mère et la fille ; ces dernières n'avaient-elles, pas reniflé l'odeur des hyènes. Elles ne les avaient même pas entendues, malgré leur ouïe si exercée ; elles se reposaient.

La hyène s'est éloignée, avec ses compagnes, gardant cependant en tête qu'il y aurait là à faire, plus tard, si tout allait bien.

Quand le soleil a décliné, la mère s'est levée, enjoignant sa fille à faire de même. Mais la grande lionne éprouvait une fatigue qu'elle n'avait jamais connue. Elle a secoué sa tête pour chasser un taon posé près de son œil, et s'est redressée, faisant porter la masse de son poitrail sur son épaule valide.

Malgré cela, une vive douleur a transpercé son autre côté, courant les nerfs, les muscles et les tendons, pour venir se loger dans la nuque. Elle a grogné, comme lorsque le lion assassin avait voulu la couvrir. Les yeux ambres de sa mère se sont fixés sur elle ; de concert, elles ont sifflé. Elles avaient affronté tant d'ennemis, en tant d'années et voilà qu'elles avaient affaire à ce qu'elles ne pouvaient combattre, puisque cet ennemi-ci était à l'intérieur de la fille. Et les lionnes ne connaissaient que le combat le plus simple, le choc des crocs, des sabots, des cornes, des griffes, des défenses, muscles contre muscles. La lutte vraie.

La fille sentait dans son épaule blessée le petit objet rond dur craché par les tonnerres courts des humains, qui fouaillait ses chairs à chaque mouvement. Elle aurait désiré s'arracher cela à grands coups de sa propre mâchoire. C'était trop profondément enfoui.



7

Les lionnes ont marché, tout de même, parce que la mère avait initié une longue route, dont elle ne connaissait pas la fin ; elle voulait cheminer, et sa fille devait l'accompagner.

Le ciel s'est chargé de lourdes nuées couleur de plomb. Loin dans la plaine, un éclair a zébré la pénombre. L'orage arrivait. La mère a grogné. Toujours, elle répondait ainsi à ce qu'elle n'aimait pas, même si c'était hors de son pouvoir ou de sa compréhension. La fille avait trop mal pour seulement y prêter attention. Elle boitait.

Les lionnes ont vu, dans la plaine infinie, le rideau de pluie qui avançait vers elles, teinté des ultimes lueurs rougeoyantes du soleil couché.

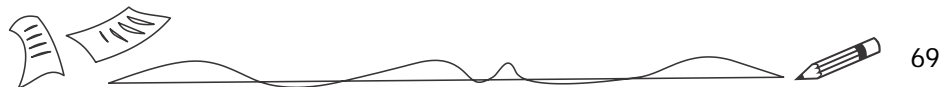
La mère et la fille étaient terrées, aplaties sous une roche en saillie, mais leurs pattes et leur ventre baignaient dans l'eau que rendait la terre, vite gorgée par le déluge. La foudre a frappé très près, mettant le feu à un arbre ; l'embrassement n'a pas duré, étouffé par la pluie. Le bois a grésillé, puis s'est tu. Les lionnes, résignées, ont fermé les yeux, mais sans pouvoir poser leur tête sur leurs pattes ; elles auraient baigné dans l'eau.

La fille regrettait la harde, qui rassurait et réchauffait le corps. Elle ne comprenait pas non plus cette blessure, mais elle savait que, lorsqu'elle avait été avec les autres, elle allait bien.

L'esprit de la mère était vide.

L'eau continuait de monter. Maintenant, elle arrivait au niveau des épaules des lionnes, qui ne pouvaient se redresser à cause de la saillie rocheuse si près du sol. C'était agréable pour la fille, car la fraîcheur baignait son épaule, atténuant un peu la souffrance. Plusieurs vipères bitis sont passées près des lionnes, nageant maladroitement, tête hors de l'eau, leur corps court et massif agité d'ondulations disgracieuses.

Les bitis n'aimaient pas les pluies, surtout quand elles surgissaient violentes et subites, ne laissant pas de temps pour l'abri. Leur venin



était puissant ; il aurait suffi qu'elles mordent une fois pour tuer, mais à l'instant elles ne pensaient qu'à ne pas se noyer. La queue rugueuse de l'une d'entre elles a touché la moustache de la mère.

Les lionnes ont regardé les serpents qui s'éloignaient, plus portés par les courants que par leur nage inefficace.

8

L'orage s'en est allé, emportant les pluies avec lui. La lente décrue s'est amorcée, dans l'obscurité que recommençaient à trouer quelques étoiles. La fille était engourdie par le froid de l'eau ; elle y avait pris du plaisir, elle qui n'aimait rien tant autrefois que le soleil caressant ; mais ce soir, la fièvre était en elle, et le bain l'avait momentanément calmée.

Les lionnes ont quitté leur abri et se sont secouées pour se débarrasser de l'eau boueuse qui collait à leur poil. Aussitôt, une terrible douleur a terrassé la fille, qui s'est effondrée sur le côté. Elle a feulé, son qui venait du fond de son ventre, de toute la souffrance qui l'avait à nouveau envahie. La mère s'est penchée sur elle pour coller sa face près de celle qu'autrefois elle avait portée.

Un groupe de babouins, eux aussi dérangés par le bref déluge, est passé dans la plaine en pataugeant. L'un d'entre eux a senti les lionnes, juste après avoir entendu le grognement ; il a averti les autres singes ; tous se sont égaillés, à la recherche d'arbres pour se mettre à l'abri. Il n'y en avait pas ici, et leur panique augmentait tandis qu'ils couraient, sans savoir que ni la mère ni la fille n'avaient l'esprit à la chasse.

Quand le soleil s'est levé, les lionnes avaient à peine bougé. L'épaule blessée avait presque triplé de volume, et du trou suintaient des humeurs. En quelques instants, l'air devenu torride a bu les flaques, et la terre noire est redevenue gris clair. La mère ne voulait pas rester là, exposée en plein aux écrasants rayons. Ainsi qu'elle l'avait déjà fait cent fois pendant la nuit, elle a poussé du nez le corps de la grande lionne abruti par la fièvre et la douleur. Sa fille est restée sans réaction.



Derrière des fourrés, tout juste à portée d'ouïe, s'est fait entendre le ricanement d'une hyène. La mère a poussé un grognement hargneux, montrant les crocs dans sa gueule immensément ouverte. Puis elle a senti le sol trembler. L'image d'un hippopotame lui est venue. Ces animaux sont dangereux, et les lions le savent, surtout ceux qui ont assez vécu pour s'y être frottés. Mais ce n'était pas un hippopotame. Les éléphants étaient de retour.

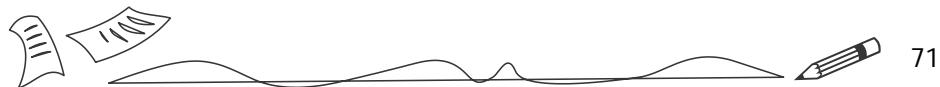
La mère et la fille se trouvaient sur le trajet du groupe, qui n'avait pas l'air de vouloir les contourner. Sur ces terres, l'éléphant n'a pas de rival. De haut, il regarde ses commensaux. Il est bien rare que des lionnes chasseresses, même nombreuses et organisées, parviennent à lui ravir un petit. Ce matin, la fille et la mère, si elles ne s'enfuyaient pas, étaient à la merci des géants.

9

Non, les éléphants n'étaient pas décidés à infléchir leur route. Ils avançaient toujours sur les lionnes, qu'ils avaient vues, mais dont ils attendaient qu'elles déguerpissent.

Aucune bête n'était jamais assez folle pour leur tenir tête. Mais la fille ne pouvait plus bouger ; elle a bien essayé de se relever, sans y parvenir. Désormais, le moindre mouvement provoquait une insupportable souffrance. Un mâle immense, dont une des défenses était cassé près de sa base, s'est avancé en première ligne, pour barrir. La mère a lu l'expression dans ses yeux furieux ; elle y a vu l'écrasement de sa fille, et sa propre disparition. Elle a encore essayé de faire lever son enfant, mais la grande lionne a miaulé, puis craché. Dans un ultime effort pourtant, elle s'est hissée sur son arrière-train, mais elle est aussitôt retombée, giflée par le mal.

L'éléphant, dans son impatience, a frappé le sol de sa patte avant. Derrière lui, les autres pachydermes s'agitaient.



Depuis sa propre enfance la mère n'avait ressenti une telle impression d'impuissance, partagée qu'elle était entre l'instinct de la fuite devant les montagnes grises et celui de protéger la blessée.

Qui sait, à part les lionnes, ce qui se passe dans la tête des lionnes ? La mère s'est plantée entre sa fille et les éléphants, puis, solidement assise sur ses pattes, elle a rugi.

Le grand mâle à la défense cassée s'est légèrement cabré, il a barri à nouveau, et à nouveau, la mère a répondu par un rugissement. Chacun d'entre eux était assez expérimenté pour savoir que d'une charge, d'un revers même de sa trompe agile et puissante, l'éléphant casserait les reins de la mère, mais celle-ci défendait sa fille et il n'y avait pas de raison là-dedans, juste l'obligation, la servitude du sang.

La lionne a rugi, une fois de plus, la face si froncée par la fureur et la volonté d'effrayer qu'elle en était méconnaissable. Un monstre, dans la plaine sèche.

Les éléphants ont divisé leur groupe, et sont passés de chaque côté des lionnes. La fille haletait ; la mère, presque accroupie, avait la tête baissée, les yeux regardant par en dessous, ce qui est la pire attitude de menace chez une lionne. Elle n'a compris sa victoire que lorsque les grandes bêtes grises ont été assez loin, traînant avec elles un nuage de poussière blanche.

La fille s'est laissée aller sur le côté.

Depuis le bosquet a retenti un autre ricanement d'hyène. Le premier vautour s'est posé, loin, écartant ses ailes pour atterrir lentement.

10

La hyène sombre savait que cela approchait. Que le temps, la souffrance, le soleil et l'épuisement travaillaient pour elle et ses sœurs. Mais ce n'était pas encore le moment ; à quoi bon prendre le risque



de recevoir un coup de griffe ou une morsure de celle des deux lionnes qui tenait encore debout ? À quoi bon, même, s'attaquer à l'autre, la blessée, tant qu'il y avait encore quelques forces dans son grand corps ? Les heures étaient les alliées des hyènes. Quant aux vautours et autres oiseaux charognards, ils seraient faciles à chasser, au moment de la curée.

La mère ne pouvait pas traîner sa fille à l'abri du soleil. Elle était beaucoup trop lourde.

Les lions supportent mal la chaleur. Ils passent la plus grande partie des journées brûlantes à chercher des endroits ombragés, si possible rafraîchis par quelque brise. Aussi pour la mère n'était-il pas naturel de demeurer là, sur la plaine brûlée aux herbes cassantes, qui avait presque aussitôt oublié les pluies de la nuit. Mais la lionne ne pouvait pas laisser sa fille. Elle s'est allongée près d'elle, de façon à ce que la tête blessée se trouve à l'abri des épaules musclées de sa mère.

Les vautours se posaient, l'un après l'autre, ainsi que quelques autres volatiles nécrophages. Les insectes commençaient à s'alerter. Les serviteurs de la mort prenaient leurs quartiers. La mère les avait vus si souvent, près des cadavres des bêtes qu'elle et les autres lionnes avaient tuées, durant sa vie de prédatrice. Ils venaient toujours après les lions. Ils avaient droit aux restes et n'avaient jamais été que des vassaux. Pour la première fois depuis qu'elle était venue au monde, la mère a éprouvé de l'inquiétude devant le ballet des parasites. Elle ne défendait pas une carcasse de gnou, cette fois, mais sa propre fille. Et elle était seule pour cela. La harde lui a manqué, parce qu'elle en aurait eu besoin, plus que jamais. Elle a eu envie de s'enfuir, fût-ce simplement pour trouver de l'ombre, mais au lieu de cela elle a poussé un feulement, et dans un bruissement d'ailes, piaillantes, les vautours se sont écartés. Pour se reposer dans l'instant, et se dandiner sur place.

Il est d'usage que les lionnes passent toute leur vie sur le même territoire. Pourquoi la mère avait-elle voulu partir ?

Il fallait boire. Sa fille et elle devaient absolument absorber un liquide. La journée les avait déshydratées. Le cerveau de la mère bouillait, sa langue gonflée râpait l'intérieur rêche de sa gueule. Le soleil commençait à décliner ; c'était l'heure ou d'ordinaire la harde s'ébrouait, les femelles se préparant pour la chasse, pour aller boire à quelque point d'eau. Mais près de l'endroit où la fille s'était écroulée, il n'y avait pas de mare, ni de rivière, pas même une flaque.

Pourtant il fallait trouver de quoi boire.

La fille était portée par une de ses tantes. Ses petites pattes, recroquevillées. Son corps abandonné à la mâchoire de l'adulte. Sa mère était partie chasser, laissant ses petits à la parentèle. Presque toujours, il y avait une autre lionne pour s'occuper des lionceaux, et leur servir de nourrice. Après tout, les lionnes de la harde étaient, d'une façon ou d'une autre, du même sang, qu'elles fussent tantes, cousines, mères ou grand-mères. Si toutes étaient occupées, alors la mère cachait ses lionceaux dans des rochers, des bruissons profonds. On devait se méfier de certains mâles tueurs, mais aussi des mille animaux de la plaine qui auraient fait leur repas des petits sans défense.

La fille jouait avec les autres. Mordillant leurs pelages encore duveteux, gris-jaune, se sautant dessus de manière pataude, ils apprenaient à se battre et à chasser, à se glisser sous la gorge de l'adversaire pour pouvoir, plus tard, la trancher d'un coup de patte ou de dent. La fille confondait le souvenir de sa propre enfance et celui de ses petits, qu'on lui avait mangés.

La fille rêvait.

Emportée par la fièvre, elle retrouvait les sensations des premiers mois de sa vie, mais également celles qu'elle avait eues en tant que mère ; ainsi, dans son délire, les points de vue alternaient sans cesse, mais tout avait trait à l'enfance.

La fille a poussé un curieux miaulement, dont la raucité était due à la sécheresse de sa gorge. Seuls ses yeux bougeaient, dans son corps



offert à la plaine poussiéreuse. Une brise est passée, qui a caressé les poils follets de son cou.

La hyène sombre est sortie de derrière sa cachette, mais ce n'est pas elle qui s'est approchée ; elle a envoyé un éclaireur pour confirmer l'absence de danger. L'autre hyène a gloussé, se frayant un chemin à travers le champ des vautours qui attendaient, se rapprochant eux aussi, à chaque pas, chaque coup d'aile, de la lionne blessée.

Le soleil avait tout à fait disparu.

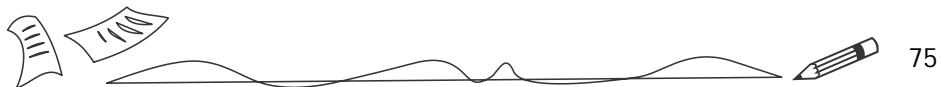
12

La mère a vu les zèbres. Leur troupeau était énorme, s'étendant sans fin. Après tant d'années passées à la chasse, la lionne en connaissait les subtilités. Elle savait combien il était plus facile d'être accompagnée, car le nombre permettait des stratégies, des encercllements.

Cette fois, il lui faudrait agir seule, et vite. Sa fille attendait. La mère devait tuer une bête, et la rapporter à la blessée, ou du moins en arracher un morceau à transporter. Un morceau gorgé de sang que sa fille pourrait boire.

Elle a jeté son dévolu sur une femelle isolée et a rampé en direction de sa proie. Le vent soufflait contre elle, assez violent, et c'était parfait, car cela lui donnait l'avantage des odeurs, celle des bruits également. Elle a réussi à s'approcher très près de l'animal qui arrachait les graminées à grands coups de sa forte mâchoire.

La mère a attaqué à la manière des lionnes, qui plantent leurs pattes avant dans le postérieur de leurs victimes, les font basculer, puis sautent à la gorge de l'animal tombé. Mais la femelle zèbre était en pleine force de l'âge, solide, expérimentée. Au lieu de partir en courant comme l'eût sans doute fait un jeune, car elle n'en avait plus le temps puisque la mère était trop proche d'elle et trop lancée pour qu'il y eût une chance d'échapper à l'attaque, elle a rué. Ses sabots ont heurté le poitrail de la lionne en plein saut, qui a été projetée en



arrière par la violence de l'impact. Alors seulement, après un sursaut d'effroi, la femelle zèbre s'est enfuie, entraînant avec elle, progressivement, en une vague, le reste du troupeau.

La mère est restée sans connaissance un long moment. Puis elle a ouvert les yeux. Elle était étalée sur les dos, les pattes écartées le cou offert ; la position la plus vulnérable, dans le jeu cruel des animaux de la plaine. Elle a voulu se remettre d'aplomb, et son souffle s'est coupé sous l'épouvantable supplice, comme si, encore une fois, le zèbre avait donné des sabots.

Quatre de ses côtes étaient cassées ; l'une d'entre elles avait perforé son poumon. La mère a poussé un rugissement rageur, presque aussitôt interrompu par un nouveau coup de poignard.

13

Toute petite, la fille était tombée dans une rivière. Elle jouait dans la boue avec des lionceaux de son âge, et puis l'instant d'après, elle avait glissé dans l'eau.

Le courant l'avait aussitôt emportée.

La fille ne savait pas nager. Ses pattes s'agitaient à vide tandis qu'elle avalait les premières gorgées de l'eau libre, plus froide que celle de la berge. Mais au gué, un peu en aval, la mère l'avait rattrapée. D'un coup de patte, elle l'avait envoyée bouler contre la rive, puis elle s'était précipitée sur elle, l'avait pincée par la peau entre les épaules, et secouée avec assez d'énergie pour qu'elle en vînt à couiner. Ensuite, la mère l'avait léchée, longtemps, avec une grande minutie qui n'épargnait aucune surface de son pelage, chaque passage de la langue étalant sur l'enfant lion un peu de salive protectrice, autre liquide matriciel.

Dans son délire de fièvre cependant, la fille n'a pas vu apparaître sa mère, au gué. Elle a continué à dériver dans le courant, la rivière s'élargissant. Surgi des fonds, un énorme hippopotame a ouvert sur



elle une gueule sans limite, un gouffre ; puis l'hippopotame s'est transformé en crocodile, en une armée de crocodiles, enfin, qui grouillaient dans le bouillon de la noyade.

La morsure a réveillé la fille, et, d'instinct, vive comme seuls le sont les fauves, elle a lancé sa patte, griffes ouvertes en stylets. La hyène, qui avait mordu son arrière-train, a eu le haut de la poitrine et une partie de la gorge arrachés. Elle est morte, en quelques hideux soubresauts. Les vautours se sont envolés, les autres hyènes ont reculé dans une précipitation qui les a faits se bousculer, grogner les unes contre les autres, pressés de se mettre à l'abri, puisque la maudite lionne n'était en fin de compte pas encore morte, et toujours capable de se défendre.

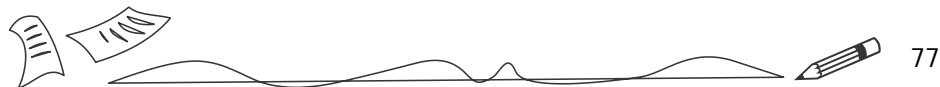
La fille a gémi. La blessure l'assaillait plus que jamais. Elle répandait dans l'air son infection. Malgré tout, geignant, supportant son propre poids de colosse, la grande lionne s'est pliée sur elle-même, pour lécher le sang qui coulait, à gros bouillons, des blessures de la hyène morte. Celle-ci, qui croyait avoir pu se nourrir de la fille, servait à éteindre sa soif. La hyène sombre, retranchée derrière les fourrés, comprenait qu'il fallait encore attendre. Quelque chose en elle se félicitait que l'émissaire fût morte, mais elle, non.

14

La mère avait eu la grande chance de rencontrer sur sa route un petit pangolin, dont elle avait brisé les écailles. L'animal s'était trop éloigné de la souche où il avait trouvé des fourmis, et la lionne n'avait pas eu à courir. Elle en eût été incapable, chacun de ses pas la faisant déjà plier.

Désormais, il fallait se hâter de rejoindre la fille. Blessée, immobile au milieu de la plaine, elle était exposée à d'innombrables menaces. Le sang du pangolin lui apporterait de quoi boire.

Ensuite ? Ensuite n'était pas un mot pour la mère ; elle savait juste qu'il était nécessaire de faire vite.



La fille avait extrait du cadavre de la hyène tout le sang qu'elle avait pu. Avec ses carnassières, elle mâchait même la viande à la manière d'un herbivore, pour en exprimer tout le suc. Elle se sentait un peu moins mal, à tel point qu'elle avait tenté de se mettre debout. Mais tout un côté de son corps blessé avait simplement refusé d'obéir à l'injonction de sa volonté, et elle s'était laissée aller sur le côté. Elle voyait les vautours griffons qui se dandinaient alentour, si nombreux, prêts à fondre sur elle en un coup d'aile. Elle savait que les sœurs de la hyène morte attendaient également non loin, même si elle ne les voyait pas. Elle ne ressentait aucune crainte, mais sa mère lui manquait. Où était-elle partie ? L'avait-elle abandonnée ? Une nouvelle fois, la grande lionne s'est efforcée de se redresser ; une nouvelle fois, elle est tombée. Dorénavant, les visions lui venaient alors même qu'elle était éveillée, et les crocodiles, les hippopotames, les perches aux nageoires aiguës, toutes les bêtes de l'eau qu'elle avait un jour vues ou entr'aperçues, dansaient dans le soleil de la plaine.

L'ignoble ricanement d'une hyène s'est fait entendre derrière elle ; la lionne la tête, mais elle n'a rien distingué.

Le soleil l'aveuglait.

Où était sa mère ? Où était celle qui l'avait entraînée avec elle loin de la sécurité de la harde, et l'avait amenée à affronter les hommes aux peaux flottantes, qui lui avaient envoyé la blessure du tonnerre court ? La fille a grogné.

Elle refusait cet abandon. Elle ne le comprenait pas. Une énième fois, elle a essayé de se dresser sur ses pattes tressées de muscles et de tendons.

15

La mère a craché du sang mousseux, celui qui commençait à noyer son poumon perforé. Arc-boutée, elle a toussé, laissant tomber la dépouille du pangolin, et le sang a rejailli, vaporisé dans l'air brûlant.



Sa fille attendait. Sa fille était là-bas ; elle devait la rejoindre. Obsédée, la mère venait à en ignorer les terribles séquelles de sa propre blessure. Elle a, de sa gueule rougie, ramassé le pangolin, puis a repris sa route.

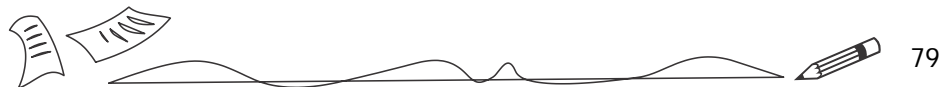
La hyène sombre, meneuse des hyènes tachetées, n'avait pas vraiment faim. Son estomac était encore rempli par l'énorme quantité de chair putréfiée de girafe qu'elle avait engloutie. Aussi n'était-ce pas le besoin de manger qui l'animait, mais la frustration, parce qu'une bête se refusait à mourir, tout près, un grand animal qui pourtant dégageait un suave parfum de décomposition. Et puis cet animal était l'ennemi, celui devant lequel il avait toujours fallu plier, car depuis des temps immémoriaux les hyènes cèdent la place aux lions.

Il y avait là une grande revanche à prendre. Peu d'animaux sont capables de résister à une bande de hyènes, car si elles sont couardes et disgracieuses, leurs mâchoires sont capables de broyer jusqu'aux os des éléphants, et ce sont des bêtes très voraces.

Jamais la hyène sombre n'avait mangé un lion ; jamais dans l'ordre de son instinct et de son expérience, cela ne lui avait semblé possible. Simplement parce que les lions lui faisaient peur, qu'ils étaient plus forts qu'elle, qu'ils étaient sûrs de cette suprématie, et qu'elle aussi l'avait reconnue. Maintenant que la revanche était à portée, l'excitation faisait trembler le corps de la hyène ; un peu de bave suintait de ses babines. L'envie, la convoitise la jetaient vers l'ennemie aujourd'hui si faible. La couardise la tenait cependant en laisse. Il ne s'agissait pas d'oublier comment l'émissaire avait été tuée, si vite, si efficacement.

Elle a regardé le flux et le reflux des vautours, qui, comme elle, attendaient. Ils étaient, eux aussi, esclaves des heures. La hyène sombre s'est réfugiée dans sa patience charognarde.

Le moment viendrait. Il venait toujours.



Les buffles lui barraient le chemin. Ils étaient nombreux, solides. La mère a senti leur nervosité, et elle a compris qu'ils ne la laisseraient pas passer, même si elle n'était pas en chasse, et qu'ils le savaient. Elle restait tout de même une ennemie. Au cours de sa vie, la mère avait tué trois bufflons, isolés par les manœuvres compliquées qu'il avait fallu mener, mais elle avait également vu plusieurs de ses compagnes, et une fois, même, un grand lion mâle, se faire tuer ou blesser gravement par les buffles irascibles. Il n'y avait pas d'autre moyen que de les contourner, bien que le troupeau fût immense. Elle a infléchi sa course.

Quand elle a vu l'immense champ de vautours, la mère a pressé l'allure, même si désormais, à chaque expiration, elle crachait du sang par le nez.

Sa fille gisait sur le flanc, à côté du cadavre déchiqueté d'une hyène, cernée par la marée des vautours griffons qui s'est entrouverte pour la laisser passer. La mère a lâché la dépouille du pangolin, elle est venue frotter sa tête contre celle de la grande lionne. Sa fille a gémi. Alors, la mère s'est allongée près d'elle, flanc contre flanc.

La nuit est venue, avec sa lune rousse dans un ciel gris-bleu ; la mère et la fille ne bougeaient plus. Les hyènes sont sorties de leur cachette et se sont approchées, accomplissant de sinueux détours. Leurs yeux brillaient parfois d'un éclat bref. Quand elle a été très près de grands corps gisants, la hyène sombre a laissé échapper un gloussement de plaisir anticipé ; mais la mère et la fille se sont levées, en même temps, s'appuyant l'une contre l'autre, tremblantes. La fille ne se tenait que sur trois pattes ; de la gueule de la mère coulait sans interruption un filet de sang clair. Elles ont grogné de concert, et leurs voix disaient, encore : " Nous sommes des lionnes. "

Chabas, Jean-François. *Les lionnes*. Paris: L'école des loisirs, 2009.



Le Tsar

Jean-François Chabas

1

Le Tsar a tué mon frère, alors je tuerai le Tsar.

C'est ainsi.

Au matin, j'avais discuté avec Alexandre.

—Il est ici, il est revenu de son voyage, lui avais-je dit.

Mais mon frère s'était moqué de moi.

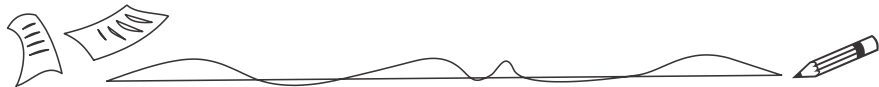
—Est-ce que tu crois, Fédor, mon gaillard, que notre Tsar a rapporté des souvenirs de ce voyage? Peut-être a-t-il des cadeaux pour nous?

Alexandre ne pouvait rien prendre au sérieux. Il était beaucoup plus âgé que moi ; il avait douze ans à ma naissance, et, quand on m'avait présenté à lui tandis que je criais et bavais dans mon berceau de bouleau, il s'était exclamé :

—Impossible de faire plus horrible ! Est-ce qu'on peut l'échanger?

Notre père lui avait donné une raclée. Des claques, il en ramassait tant qu'il en avait le cuir tanné. Plus tard, notre mère était morte de la fièvre typhoïde : notre père qui l'aimait énormément avait refusé de continuer à vivre dans nos monts Stanovoï. Il avait même désiré quitter la Sibérie, et voulait s'en aller seul. Nous ne pouvions y croire. Jamais Père, ni personne de notre famille, n'avait mis un pied hors de la région.

Mais mon frère et moi savions que l'entêtement était un des défauts, une des qualités peut-être, de notre clan. Père était bel et bien parti, il avait traversé à pied le grand pays, et il s'était installé à Kostroma, au nord de Moscou.



Il avait parcouru presque cinq mille kilomètres, en vingt-huit mois. Lui, le trappeur, le pêcheur, l'homme des bois et des montagnes, était devenu petit vendeur dans une mercerie. Le chagrin provoque d'étranges comportements.

Depuis lors, nous recevions une lettre par an. Je n'ai jamais revu notre père.

Les monts Stanovoï nous avaient gardés. Au départ de Père, j'avais seize ans, Alexander vingt-huit. Nous pêchions dans la Zeïva et nous chassions pour gagner notre vie, vendant la viande ou les peaux. C'est une époque ancienne. Les rails du Transsibérien ne seraient posés que des années plus tard, et notre région était bien isolée. La vie, très dure.

Il semblait cependant que rien ne pouvait nous faire plier, mon frère et moi. Nous appartenions à la contrée au même titre que les pierres, les arbres et les animaux. Nous n'avions besoin de rien. Nous chassions à l'arc, à l'épieu, ou nous tendions des pièges. Mais nous devons partager nos terres avec le Tsar.

2

Le Tsar, Je ne veux pas parler du souverain qui régnait à l'Ouest, que nous ne verrions jamais et qui n'avait guère d'influence sur nos contrées perdues, mais d'un tigre, un tigre sibérien immense qui tuait sans merci. Il était si grand, si cruel et omnipotent qu'on lui avait donné ce surnom. Celui qui n'a pas vu le tigre ne peut s'en faire une idée. Lorsqu'on est enfant et qu'on nous en raconté les exploits, on tremble un peu, on se cache sous les peaux et on se croit en sûreté dans la petite maison des bois. Mais rien ne met à l'abri de l'attaque du seigneur tigre. Il est puissant, il est intelligent, il est arrogant, il est patient. S'il veut tuer, il tue.

Quand Père partageait la vie de Mère et qu'il avait encore sa raison, il m'a dit un soir :



—Si tu as peur d'une bête, un méchant ours par exemple, n'importe quelle bête en fait, imagine-la à sa naissance. Elle a été une boule de poils qui poussait de ridicules petits cris et demandait à manger à sa mère. Cela te la rendra beaucoup moins effrayante.

—Et le Tsar ?

Mon père avait suspendu sa main ; il taillait à la serpe la pointe d'un poteau de clôture.

—Le Tsar ? Le Tsar...

Il avait les yeux perdus dans le vide.

—Le Tsar, Fédor, n'a jamais été petit. Le Tsar a toujours été là. Il nous a été envoyé par les Enfers pour éprouver notre foi.

—Mais Vladimir Khamenev a tué un tigre l'an dernier.

—Bien sûr. Bien sûr qu'on peut tuer des tigres. Mon père, ton grand-père, qu'il repose en paix, en a piégé un il y a de ça trente ans. Il est allé jusqu'à Svobodny pour vendre sa peau et gagner des tas de roubles, qu'il s'est ensuite fait voler dans un estaminet parce qu'il avait trop bu pour fêter cette aubaine. Quand il est revenu chez nous, ta grand-mère a voulu l'assommer à coups de pelle tellement elle était furieuse.

3

Notre père n'aimait pas évoquer le Tsar. Mais moi, ce n'était pas de coups de pelle que j'avais envie d'entendre parler.

—Si Grand-Père a pu piéger un tigre, le Tsar...

—Non. Celui-là, c'était un tigre normal. Rien à voir avec le Tsar. Écoute, Fédor : Kharitonov, notre voisin au nord, tu sais ? Kharitonov a vu le



Tsar sauter un mur de quatre mètres avec un veau dans la gueule. Les tigres sont des fauves effrayants- et on a raison d'avoir peur. Mais le Tsar, le Tsar, Fédor, c'est encore autre chose. Un riche marchand, qui s'appelait Achinoff, est venu ici avant ta naissance pour chasser. Il avait un fusil de guerre allemand si efficace qu'il tuait d'une balle les animaux les plus énormes, comme les bœufs musqués du Nord.

—Je voudrais avoir un fusil allemand.

—C'est très cher, et même si on te l'offrait tu n'aurais pas de quoi acheter les balles. Tu vas voir, d'ailleurs, que le fusil ne sert pas à grand-chose face au seigneur tigre. Quand Achinoff le marchand a entendu parler du Tsar, il est devenu fou d'excitation, il a dit qu'il voulait le tuer, avec son fusil allemand. Il a demandé un guide de chasse. Il payait bien, mais personne ici n'était prêt à se lancer sur les traces du Tsar. Ce n'est guère enviable d'être l'homme le plus riche du cimetière.

—Qu'est-ce qui est arrivé au marchand ?

—Oh, eh bien.... Personne ne peut le dire précisément. Mais on a retrouvé le fusil allemand, beaucoup plus tard, au dégel de la troisième année qui a suivi la disparition de ce monsieur Achinoff. Le canon était tordu et il y avait des traces de griffes sur la crosse.

—Celles du Tsar ?

—Un homme qui court après la mort finit par la trouver. Au mois, le marchand a vu ce qu'il cherchait.

—Alors, Père, personne ne peut tuer le Tsar?

—Je plains celui qui se mettrait une pareille idée en tête. Mais tu as sept ans, Fédor, et il n'est pas question de chasser autre chose que les lapins. Tu as posé les collets ?

—Oui, Père. Tout à l'heure, j'ai aussi tué une perdrix avec ma fronde.

—Tu es déjà un bon chasseur. Tu seras le meilleur.



Père n'était pas homme à faire de vains compliments, fût-ce à ses fils. Il avait vu juste. Je devins le plus habile chasseur de la contrée ; je ramenaient plus de gibier que les rares riches qui possédaient des armes à feu. Alexander n'était pas jaloux. Sa nature fantastique ne le poussait pas à ce genre de sentiment, et nous nous aimons autant que deux frères peuvent s'aimer, sans cette rivalité qui parfois pourrit une famille.

—Tu abats, je porte, disait-il en riant.

Il était d'une force herculéenne et tenait sans peine un chevreuil en travers de ses épaules, sur des kilomètres. Je me rappelle un daguet de cerf, qu'il a traîné en période de dégel, au moment de la débâcle de la Zelia, alors que nous étions descendus en plaine. Le lit des fleuves et des grandes rivières peut s'élargir jusqu'à mesurer cinquante kilomètres, et même alentour tout n'est que boue, le moindre pas un calvaire.

Alexandre n'avait pas lâché son daguet.

Nous étions complémentaires, jusque dans nos caractères. Il était jovial et farceur, moi, plus sombre, plus inquiet. Alexandre me rassurait sans cesse. Après la mort de Mère et le départ de Père, il m'avait maintenu à flot en plaisantant, en faisant l'idiot - il manifestait pour cela de remarquables dispositions -, mais je sais qu'il avait eu autant de peine que moi.

Il arrivait que nous discussions du Tsar quand, par exemple, nous trouvions des empreintes de tigre assez grosses pour qu'elles fussent les siennes.

—On va l'avoir, un jour, ce gros père, disait mon frère.

Je me rappelais, quant à moi, ce que racontait Père.

—Ce n'est pas une bonne idée, Alexandre.

—Tu es assez habile à l'arc pour nous abattre un éléphant.



—Qu'est-ce que c'est ça ?

—Tu ne te souviens pas ? Solonov nous en a parlé. Il en a vu au cirque, à Blagovechtchensk. Des bêtes grises, grandes comme ça, avec deux dents comme ça, et des oreilles comme...

—Solonov ment tout le temps. Un éléphant, hein ? Une bête de la taille d'une maison, hein ? Il est complètement fou, ce Solonov. À force de fabriquer son mauvais alcool et de le boire.

—Et en tout cas, nous allons ramener la peau du Tsar.

—Tu rêves à voix haute, Alexandre. Fais-le à voix basse, s'il te plaît, pour ne pas réveiller le seigneur tigre.

5

Père n'était pas seul à avoir hérité l'entêtement de notre famille. L'idée de tuer le Tsar ne quitta plus mon frère.

Un soir, à la fin du court automne, deux jours après la chute des premières neiges, nous vîmes d'énormes empreintes de tigre que la poudreuse commençait à recouvrir.

—C'est lui, dit Alexandre.

—Il est revenu de son visage. Il est à nouveau dans les Stanovoi.

—Tu crois qu'il nous a rapporté des cadeaux en souvenir ?

Je ne répondis pas ; je pensais qu'avec la taille des flocons et la violence de leur chute, si ces empreintes n'étaient pas encore effacées, cela voulait dire que le Tsar se trouvait là moins d'une heure auparavant. Jamais - peut-on cependant le savoir, avec ces tigres, cousins des fantômes - je ne m'étais tenu plus près de lui.

—Il faut foncer, avant que ce soit complètement recouvert. On y va, Fédor.



—Pas question.

—Fédor !

—Je n'ai que mon arc et deux flèches, toi ton couteau, et il fera nuit dans moins des trois heures. Tu es...

—Donne-moi ton arc et tes flèches.

— Ne fais pas ça, Alexandre.

—Ton arc, Fédor. Dépêche-toi.

Mon Dieu, je ne sais pas pourquoi j'ai cédé. Est-ce parce que je n'osais désobéir à mon grand frère ? J'ai tendu l'arc et le carquois.

—Tu n'as jamais su t'en servir, Alexandre.

—Pas pour tuer un oiseau. Mais le Tsar, c'est une cible.

—Alexandre, reste. Je ferai... je ferai ce que tu voudras. Ne t'en va pas.

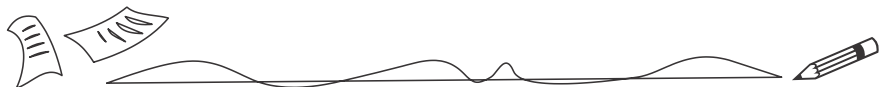
Non, ne fais pas comme Père, pensais-je, ne me laisse pas toi aussi, et la folie de mon frère me paraissait plus manifeste encore, en cela que lui se précipitait aux trousses d'un monstre.

—Nous serons riches.

Il partait déjà, courbé sur la trace, quand j'appelai une dernière fois :

—Alexandre !

Mon frère miaula comme un chaton. C'était ainsi qu'il procédait quand nous étions enfants et qu'il voulait souligner mon jeune âge, mon impuissance. Il disparut dans une bourrasque de neige. Le Ciel m'en est témoin, pour notre grand malheur, je le savais : mon grand frère ne me répondait plus.



6

Deux jours plus tard, je pris mon autre arc, un carquois plein, et mes deux plus solides épieux. Je mis sur mon épaule un havresac en peau de daim rempli de viande séchée, une cruche de liqueur forte, un pot de conserve myrtilles, puis retournai à l'endroit où nous nous étions quittés, Alexandre et moi. Entre-temps, un mètre de poudre fine était tombé. La neige embellit la montagne, elle l'adoucit et rend différents les sentiers les plus familiers, mais c'est une douceur traîtresse, qui cache failles et crevasses- il faut avancer en assurant son pas.

Il n'y avait plus aucune trace du passage de mon frère et du tigre. Je décidai de suivre, approximativement, la voie qu'avait empruntée Alexandre. Je ne trouvai rien. La nuit tombante, je fabriquai une cabane avec des branches de sapin accolées au tronc d'un gros bouleau ; devant cet abri, je fis un feu d'enfer, que j'entretiens avec soin. Les fauves n'aiment pas la lumière vive, même si certains d'entre eux, comme le Tsar, semblent mieux s'en accommoder. Ce tigre n'avait-il pas enlevé une enfant à l'intérieur d'une isba, quelques années auparavant ? Il avait cassé la porte, s'était jeté sur la petite fille d'un couple de pêcheurs d'esturgeons et l'avait emmenée.

Quel feu, en pleine nature, pouvait arrêter une telle créature ? Au moins, je me tenais au chaud. Mais, terrifié, je ne dormis pas et me remis en route avant le lever du soleil, dès que le ciel fut assez clair. Fort de tant d'années de traque et de piste, j'essayai de deviner quel avait pu être le cheminement du Tsar, et d'Alexandre, celui qui croyait le chasser. Le seigneur tigre ne monte que rarement très haut, en montagne. Il n'y trouve pas son compte en nourriture, et les monts Stanovoï sont bien assez vastes pour qu'il n'ait pas à rechercher l'altitude afin de trouver la paix.

—Est-ce que tu ne pouvais pas nous laisser tranquilles ? Pourquoi es-tu revenu ? Marmonnai-je, mais la superstition éteignit bien vite ces paroles sur mes lèvres.

Puis je trouvai mon arc, suspendu à la basse branche d'un mélèze.



Il était cassé au niveau de l'attache supérieure de la corde. Quand je le décrochai, une masse de neige glissa des plus hautes branches et me tomba dessus. Je n'y pris pas garde. Couvert de poudreuse, enfoncé à mi-cuisse dans la blancheur, j'examinai mon arme, affolé, craignant d'y trouver la marque d'un croc ou d'une griffe, comme sur la crosse du fusil allemand de l'histoire que m'avait racontée mon père.

Mais l'arc était simplement cassé.

—Alexandre! Alexandre !

Je me mis à crier de toutes mes forces. La neige éteint le bruit ; elle l'avale. Je me tus et revins à l'arc cassé. Je ne pouvais en détacher mes yeux.

—Les flèches...

Étaient-elles plantées dans le corps du Tsar ? Mon frère avait-il seulement eu le temps de les tirer ? Le tigre aime s'embusquer pour sauter sur sa proie à l'improviste. Il arrive même qu'il effectue une boucle sur son parcours, afin de se retrouver derrière celui qui s'est mis à sa poursuite.

Je continuai ma quête après avoir jeté l'arc inutilisable ; en revanche, j'avais pris en main celui que j'avais emporté, et je tenais une de mes flèches contre la poignée, parallèle à celle-ci, prête à être encochée dans la corde. Mes épieux étaient assurés sur mon dos mais j'avais pris soin qu'ils pussent rapidement se détacher.

Plus loin, sous une saillie rocheuse qui formait un large toit et laissait la terre gelée à découvert, je vis une tache noire, qui ne s'harmonisait pas avec les couleurs du lieu. Une petite tache, mais, avant d'être dessus, je savais ce que c'était : une des plumes-pennes que j'avais utilisées pour fabriquer la barbe des flèches qu'Alexandre avait prises. Une plume de queue de grand corbeau ; il n'y avait pas à s'y tromper, elle était taillée à ma façon. Mais de la hampe et du fer de la flèche, pas de trace. J'entendis soudain, dans mon dos, un bruit sec. Je me



retournai, bandant mon arc dans le même temps, et lâchai mon trait sur la forme épaisse et mouvante qui se tenait à quelques mètres.

C'était un élan. Ma flèche sa planta en biais, le long de sa croupe. Déjà, il s'enfuyait.

Le bruit avait été provoqué par un de ses immenses bois cognant contre un tronc de hêtre ; l'animal avait dû s'effrayer de ma présence et, voulant s'enfuir, s'était embrassé dans les arbres. Au moins la blessure ne le tuerait-elle pas. À cet endroit de son corps, et avec le froid, les risques d'infection étaient inexistantes.

En chasseur digne de ce nom, comme me l'avait appris mon père avant qu'il perdit la raison, je n'aimais pas tuer pour rien.

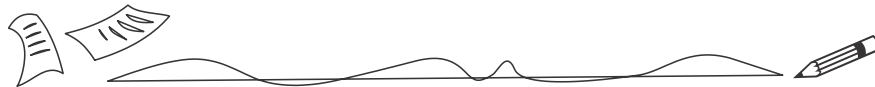
8

Je passai une autre journée à fouiller cette partie des Stanovoi, sans résultat. Depuis que j'avais trouvé l'arc cassé ainsi que la penne de corbeau, mon inquiétude était à son comble. Une seule chose certaine : en guise d'arme, Alexandre n'avait plus que son couteau. Face à un tigre, autant brandir une aiguille de mélèze. Je refis du feu, construisis une autre cabane. Les paroles de Père dansaient sous mon crâne : " Un homme qui court après la mort finit par la trouver " Alexandre, mon frère, pourquoi cette inutile folie ? Cette fois, épuisé, je m'endormis.

Le lendemain matin vit une des plus grandes terreurs de mon existence.

Tandis que m'étirais, courbatu, engourdi par le froid, j'aperçus les empreintes. Il avait gelé si fort cette nuit-là que la neige n'était pas tombée, et la poudreuse s'était encroûtée. On voyait d'autant mieux les larges traces, qui ne ressemblaient à aucune autre : celles d'un tigre géant.

Le Tsar m'avait rendu visite. Ce démon s'était approché à deux ou trois mètres du feu, il l'avait contourné ; les empreintes venaient



toucher les branches de ma cabane improvisée. Il s'était trouvé assez près pour que je fusse, si j'avais été éveillé, en mesure de toucher sa fourrure en tendant le bras.

Mais il ne m'avait pas pris.

Le froid était si vif que, malgré mon épouvante, je ranimai le feu et me tins au-dessus, en soliloquant.

—Qu'est-ce que tu veux, Tsar ? Quel est ton jeu ?

La peur fait agir de façon bien insolente. Au lieu de m'enfuir, je me rencognai dans la cabane, et me rendormis. Je fis un rêve.

Sortie des brumes, une silhouette venait à moi. On eût dit un centaure, mais c'était Alexandre, qui chevauchait le Tsar. Le grand tigre ne semblait pas s'apercevoir de la présence de mon frère sur son dos. Il marchait à la manière des tigres, sans contrainte, souple, presque ondulant malgré son énorme masse. Alexandre me fit un large salut de la main, puis miaula. Je m'éveillai ; les flammes étaient hautes encore devant la cabane. Mon sommeil n'avait duré qu'un instant.

9

Au début, il me fut facile de suivre les traces du Tsar. Mais bientôt la neige se remit à tomber, avec une telle violence que je ne voyais plus à deux mètres. Je dus m'arrêter sous un bouleau ancien, presque mort, au large tronc dont des plaques d'écorce se détachaient comme la mue d'un serpent. Je fis encore du feu, avec ces plaques sèches qui brûlaient aussi vite que de la paille. Les flammes jaunes ne réchauffèrent pas mon corps mais mon âme, un peu. Le froid affaiblit, il ouvre la porte à la tristesse et au découragement.

—Où es-tu, mon frère ? Alexandre, mon frère...

La neige tomba dru pendant trois jours. Mes vivres s'épuisèrent. Je tuai un lièvre variable, mais il était maigre et sa chair ne me rassasia



pas. Alors, je revins chez nous. Le vent, parfois, semblait m'apporter la voix de mon frère.

–Fédor ! Tu me tournes le dos !

J'attendis quelques jours - je ne peux dire combien précisément, l'agitation m'avait fait perdre la notion du temps - puis je compris que la folie s'emparerait de moi et ne me quitterait plus si je restais là à espérer le retour miraculeux de mon frère aîné. À la veille de ma dernière nuit dans la maison, le calme s'installa enfin dans mes pensées confuses et je pris ma décision. Je repartirais le lendemain pour chercher Alexandre et je ne remettrais plus un pied chez nous tant que je n'aurais pas récupéré mon frère. Ce sont les moments cruciaux d'une existence, ceux qui nous font comprendre qu'un acte à accomplir est plus important que le fait de vivre. Puisque, si l'on vit, encore faut-il savoir pourquoi et comment. Pour certains d'entre nous il est question d'honneur, de force morale, de l'image, somme toute, que l'on a de soi-même. Quant à ce qui me décida, rien n'est plus simple, je crois. Alexandre était une part de moi, nous étions siamois partageant le même cœur.

Je rassemblai tout ce que je pouvais emporter sur mon dos qui fût transportable et utile. J'aiguais mes armes, pris plusieurs cordes de rechange pour mon arc. Il arrive un moment où l'on affronterait le diable, n'est-ce pas ?

10

Chargé comme je l'étais, il me fallut un peu de temps pour rejoindre l'endroit où j'avais perdu la trace du Tsar. Un vent violent avait transformé le paysage, formant de monstrueuses congères au flanc des collines et des contreforts des montagnes. Les Stanovoï étaient revêtus de blancheur pour de très nombreux mois. Au-dessus de ma tête passèrent en vol désordonné des oiseaux dont je ne reconnus par le cri ; c'était curieux, car depuis l'enfance je connaissais tous les animaux de la région, ceux de l'eau, de la terre et des airs. Je vis là un autre



signe que les choses avaient changé. J'étais entré dans une nouvelle vie, celle de la traque.

Je continuai ma route ; la neige me montait à la poitrine, chaque pas coûtait un effort, et, bien que je fusse aguerrri, je soufflais sous le fardeau. Est-ce que le Tsar avait suivi cette direction ?

Les vents me chuchotaient que j'étais dans le vrai.

Puis je vis la fumée, qui s'élevait depuis l'arrière d'un pic.

—Alexandre !

Je hurlai, mais me repris. J'étais au moins à une lieue de ce feu, et encore fallait-il trouver un accès pour contourner le pic qui paraissait monter à la verticale.

De fait, lorsque je fus à son pied, relevant sans cesse la tête pour ne pas perdre de vue le panache gris dansait au gré des rafales, la nuit tomba. Je grognai à la manière d'un ours tant la frustration était grande, mais je n'avais rien d'autre à envisager que de me construire un abri et de faire du feu, moi aussi.

Je ne dormis pas, craignant que la fumée ne disparût pendant l'obscurité, et je guettai les premières lueurs d'une aube qui ne voulait pas venir. Au milieu de cette très longue nuit, je ne pus m'empêcher de crier le nom de mon frère, Alexandre ! Alexandre ! comme le loup appelle le loup.

À la lumière mauve du rayon qui, enfin, se hissa par-delà les monts et transperça les arbres, je levai la tête vers le ciel : la fumée s'élevait toujours en un épais panache. J'en avalai de travers ma gorgée de thé, fis mon paquetage en catastrophe, et me mis en quête d'un passage qui permit de contourner le pic. La neige qui s'était amassée à sa base ne rendait pas les choses faciles, mais j'eusse été capable de creuser un tunnel. Le soleil ne s'était pas encore montré que j'avais jeté mon dévolu sur un col, qui, je n'en doutais pas, serait la bonne voie.

Ce n'était qu'une isba, à la forme biscornue. Sa cheminée crachait la fumée grasse. Je me tenais droit dans la neige, à la descente du col. Une larme gela au coin de mon œil, je l'arrachai d'un revers de gant.

—Qu'est-ce tu espérais, Fédor, triste bouffon? Alexandre serait le seul à faire du feu dans les Stanovoï ? Pauvre imbécile. Imbécile.

Je balançais sur mes jambes, tenu debout par la neige qui m'enserrait.

—Une isba.

Mais si mon frère se trouvait, aussi au chaud, devant le feu qui brûlait dans l'âtre ? Après tout, depuis des jours et des jours je me nourrissais d'espoir. Celui-ci, n'était pas plus fou qu'un autre. Je commençai la descente vers la petite isba aux contours étranges.

Autour de la bâtisse, on avait pelleté récemment. Il y avait aussi des traces de raquettes, formant un sentier dans la neige jusqu'à un proche bosquet. Celui ou ceux qui habitaient-là étaient très pauvres ou bien indifférents au confort, car à la place d'une vitre, sur la fenêtre unique, étaient tendues des peaux de poisson cousues, rendues translucides par de l'huile.

Je vins à la porte et frappai du poing. Aucun bruit ne me parvint depuis l'intérieur de l'isba.

Ne connaissant pas cette partie du nord des Stanovoï, je me demandais quels en étaient les habitants. La timidité, plus précisément ma crainte de l'inconnu, dont s'était si souvent moqué mon frère, me saisit soudain à la gorge. Mais je frappai encore, comme une brute, pour me donner de l'assurance. J'étais tout de même un chasseur armé pour tuer le tigre.

Pas un bruit. Je poussai la porte au loquet grossier ; elle s'ouvrit. Après l'éblouissement des neiges, le contraste de la pénombre fit que je ne distinguai rien que de très vagues formes. Je restai sur le seuil, laissant à mes yeux le temps de s'habituer au demi-jour.



—Est-ce que quelqu'un est là ?

Seules les flammes dansaient, au fond à droite de la seule pièce.

Je frappai mes bottes l'une contre l'autre, brossai la poudreuse qui collait au cuir de mes vêtements et j'entrai pour de bon dans l'isba.

12

Assurément, je n'avais jamais vu d'habitation plus bizarre. Des sortes de minuscules cerfs-volants, faits de papiers de couleur vive, pendaient du plafond. Les meubles étaient aussi tordus que l'isba. Pas un tabouret, un bahut, une table qui fussent d'aplomb. Sur le lit, des peaux immaculées de renards isatis cousues ensemble formaient une splendide couverture. Il fallait être fou pour utiliser les fourrures d'isatis à cette fin au lieu de les vendre. Dans leur pleine période hivernale, avec cette couleur, elles valaient une fortune. De quoi acheter mille vitres pour la fenêtre.

La pièce était très propre et sentait l'écorce de saule. Au-dessus de la cheminée au tablier de grosses pierres, il y avait un fusil d'un modèle que je n'avais jamais vu. Cependant, cela n'avait rien d'extravagant : au cours de ma vie, je n'avais pas approché plus d'une dizaine d'armes à feu. Je les admirais pour leur pouvoir - chasser avec ces instruments pourrait multiplier les prises - mais il y avait dans leur efficacité quelque chose qui rendait la chasse trop inégale. Il me semblait que le gibier devait avoir sa chance. Quant au Tsar, c'était une autre histoire.

Je décrochai l'arme du râtelier formé par des bois de cerf rouge. Elle avait des canons jumelés. Le métal était bronzé, avec des reflets bleutés. Le long de la culasse, je constatai que s'inscrivait une marque à l'évidence étrangère, que je ne pus déchiffrer, et une date : 1864.

Le fusil avait presque vingt ans, mais il avait l'air neuf. On voyait au premier regard que c'était une arme de grande valeur.

—Tu me serais bien utile pour tuer le maudit tigre...



Quand la main se posa sur mon épaule, je crachai comme un lynx, laissai tomber le fusil et manquai m'effondrer dans le feu tout en m'efforçant de décrocher de mon dos un de mes épieux.

– Tu aimes l'oie des moissons? Regarde, j'en ai pris deux. Moi, je préfère l'oie à bec court. Mais j'ai juste des oies des moissons. Elles ont trop tardé à migrer, celles-là. Tu les veux grillées ?

–Hein ?

Une femme minuscule me tendait les oiseaux. L'espace d'une seconde, j'avais cru que c'était un enfant, mais les rides aux coins de ses yeux, quand elle avait souri, étaient profondes.

–C'est que... C'est que...

–Tu as faim? Tu as vu comme le temps est beau ? Tu as remarqué que la neige ne tombe plus ? C'est une bonne chose. Tu crois que c'est une bonne chose ?

Je ramassai le fusil, que je reposai sur son râtelier.

–Tu as faim?

–Ah, euh, oui, mais, euh...

13

Le tabouret craqua sous mon poids, mais tint bon. La femme faisait rôtir les oies qu'elle avait plumées et vidées à la vitesse d'une experte. Je la considérai avec moins de gêne maintenant que, affairée, elle n'avait plus les yeux fixés sur moi. Il m'était impossible de lui donner un âge. Sa taille était celle d'un enfant de dix ans, sa constitution fluette, mais les muscles nerveux de ses avant-bras dénonçaient sa vitalité. Je ne connaissais rien des femmes, c'est-à-dire rien du tout. Depuis la mort de Mère, je n'avais pas adressé la parole à l'une d'entre elles ; cependant, chez mon hôtesse, je reconnaissais la beauté.



Ses iris étaient gris comme la brume, sa peau de pain d'épice, ses dents petites et un peu espacées. Elle parlait sans discontinuer, même quand elle ne me regardait pas, mais ce n'était jamais que des questions.

—Tu as chaud ? Tu veux du vin de mûre ? Tu viens de loin ? Tu viens de loin, oui. Tu viens de loin ? Le sud ? Où ça, le sud ? Ton frère ? Un grand homme ? Tu veux dire, un homme grand, ah, ah ! Un tigre ? Oui, il y a des tigres. Est-ce qu'il y a des tigres ?

—Vous avez vu un très grand tigre ?

—Un grand tigre et un homme grand ?

—Je m'appelle Fédor Vassilianenko. Mon frère Alexandre Vassilianenko...

—Est-ce qu'il est parti pour chasser le tigre ? Est-ce que tu me l'as déjà dit ?

Tu me l'as dit. Est-ce que je suis folle ? Je serais folle ? Je ne suis pas folle. Je suis folle ? Est-ce qu'il n'y a pas un grand tigre ? Est-ce que je me suis cachée dans un trou de roche quand il m'a vue, cachée dans un trou en mettant une grosse pierre pour bloquer l'entrée ? Est-ce que le grand tigre n'a pas attendu trois jours pour me manger ? Et je mourais de soif dans ce trou, est-ce que le tigre n'a pas tué une chèvre de montagne presque devant ma cachette ? Est-ce qu'il n'est pas parti ensuite ? Est-ce que je n'ai pas été soulagée ? Soulagée ?

—Vous avez vu le Tsar ?

—Est-ce que c'est un bon nom pour ce tigre ? C'est un bon nom. Est-ce un bon nom ? Pourquoi ne l'aurais-je pas vu ? Est-ce qu'il n'est pas énorme et effrayant comme un cauchemar ? J'aurais renforcé ma porte à cause de lui ?

Rien, à commencer par la fenêtre tendue de peaux de poisson, ne pouvait résister ici à la puissance du Tsar. Je finis de manger mon oie.

–Est-ce que je m'appelle Maria Sakhonovska? Je m'appellerai Maria ?
Est-ce que ce serait mon lit ? Est-ce que je voudrais dormir ?

La femme se déshabilla comme si elle était seule. Je détournai le regard. Je crois que je pensais à une invite. Mais lorsque je me retournai, elle s'était allongée sous les peaux d'isatis. Je restai sur place un instant, avant de m'approcher. Elle dormait déjà. Si cette petite femme vivait seule dans l'isba, elle courait bien des dangers.

Je m'assis au pied du lit pour regarder son visage détendu par le sommeil.

La femme aux questions.

Continuait-elle à s'en poser dans ses rêves ? Cette Maria Sakhonovska était difficile à saisir Folle ? Les gens qui habitent seuls au cœur des Stanovoi ont des comportements bien à eux. Ainsi, elle avait été traquée par le Tsar. Je l'imaginai terré dans le trou, le tigre immense rôdant, humant la chair. Trois jours durant. De quoi, en fait, rester dérangé.

–Ton frère est mort ? Il est mort, n'est-ce pas ? Pourquoi ne serait-il pas mort ?

Ces phrases terribles de la femme aux questions me réveillèrent. Je m'étais assoupi près du feu.

–Est-ce que tu veux le venger ? Est-ce que tu n'auras pas besoin de cela ?

Nue, les flammes dans le dos, elle tenait dans ses petites mains le fusil au nom étranger.

–Est-ce que j'ai une boîte de cartouches au sec ?

– Madame...

–Est-ce que je ne suis pas une demoiselle ?



—Je n’ai pas... Mademoiselle, il me faudrait une vie pour rembourser cette arme.

—Plusieurs vies, plutôt, sauf si tu es très riche. Tu es très riche ? C’est un fusil de prince. Est-ce que c’est un fusil de prince ? Est-ce que je ne veux pas que tu abattes le grand tigre pour venger ma peur et Alexandre ton frère, l’homme grand ?

—Vous êtes sûre que vous n’avez pas vu mon frère?

—Je ne l’aurais pas dit ? Je l’aurais dit. Est-ce que je l’aurais dit ?

—Vous avez besoin du fusil pour vous défendre. Et aussi pour chasser.

—Est-ce que c’est un calibre 16? Je ne pourrais pas l’utiliser ? Est-ce que le recul ne me caserait pas l’épaule ?

—Le recul?

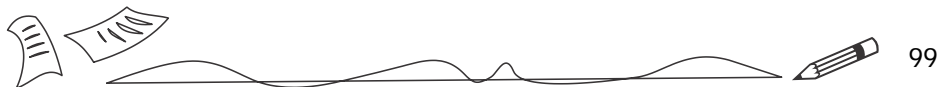
—Est-ce que nous n’allons pas essayer ton nouveau fusil?

—D’où vient-il?

—Est-ce que j’ai envie de te le raconter? Je n’aurais pas envie de te le raconter ? Est-ce que j’ai eu d’autres vies ?

15

Ce fusil était un véritable canon. Le bruit des explosions déchirait le silence des neiges ; j’avais beau m’appliquer à coller la crosse contre mon épaule, ainsi que me l’avait recommandé la femme aux questions, chaque tir me faisait l’impression d’une ruade de mule dans la clavicule. J’avais d’abord visé un tronc de sapin bleu, que j’avais raté. Au deuxième coup, j’avais touché le bord du tronc et alors j’avais pu mesurer la puissance des projectiles. La balle avait emporté le bois sur toute sa largeur, et l’impact avait le diamètre d’un verre à thé.



—Est-ce qu'une bête pourrait résister à ça? Une seule bête ? Même une baleine ?

—Baleine ? C'est un gros poisson, c'est ça ?

—Un mammifère plutôt, qui vivrait dans la mer ?

—Dans l'eau, avec des mamelles ?

—Il faudra que tu quittes les Stanovoï et que tu voyages, Fédor Vassilianenko. Le faudra-t-il ?

—Je ne veux pas quitter les monts Stanovoï. Je veux retrouver mon frère, tuer le tigre et vivre comme autrefois.

—Est-ce qu'on peut jamais vivre comme autrefois ? Le pourrait-on ? On ne le pourrait pas ? Est-ce que l'existence est pleine de malice ? Est-ce que le passé se jette à votre visage comme le grand tigre, si on va le chercher ?

En fin de matinée, je réussissais à casser une branche à trente pas, en visant comme me l'avait enseigné Maria Sakhonovska. Mes mains sentaient la poudre, une odeur forte que je n'aimais pas

—Est-ce que c'est bien ? Ce serait bien ? Est-ce que maintenant je ne vais pas t'apprendre à nettoyer le fusil et à le mettre à l'abri du froid pour qu'il ne gèle pas ? Est-ce qu'il risque de ne plus fonctionner s'il est sale ou humide ? Il ne faudrait pas qu'il soit sale quand le tigre viendra à toi ?

—Je viendrai à lui.

—Est-ce que le tigre ne décide pas ?

—Ce n'est qu'une bête.

—Ah, ah, ah ! Fédor, tu es un enfant, oui ? Est-ce que tu ne me plais pas ?

Je crois que je rougis. Cette femme était très jolie.



—Maria Sakhonovska, dès que je le pourrai, je vous rapporterai votre fusil.

—Est-ce qu'on rend un cadeau? Serait-ce une insulte ?

—Faites attention à vous, mademoiselle.

—Attention? Est-ce que je ne fais pas toujours attention ? Est-ce que je serai encore vivante autrement ?

—Vous avez connu des princes?

—Est-ce que tu ne dois pas te mettre en route pour faire du chemin avant la nuit ?

—Et des baleines ?

—Si j'ai connu des princes et des baleines ?

Reviens me voir après que tu auras accompli ce que tu dois accomplir, oui ? Est-ce que tu dois revenir me voir ? Tu dois revenir. Est-ce que tu seras en bonne santé ? Tu ne seras pas blessé ?

—Je vous présenterai Alexandre.

Un soleil pâle ne réussissait pas à réchauffer l'air glacial. Je portais le fusil en travers de mes épaules, un gant sur canon, l'autre sur la crosse de bois pourpre. Un daim brocard déboula d'un bosquet ; je fus tenté d'utiliser ma nouvelle arme, pour voir et par instinct de chasse, mais je me retins. J'avais décidé de ne m'en servir que contre le Tsar. Mes pensées, qui virevoltaient au gré de mon inquiétude, m'amenaient à croire que le destin m'avait fait croiser la femme aux questions afin qu'elle me remît le fusil magique nécessaire à tuer le tigre magique.

Mon frère aîné me manqua soudain, avec violence, une douleur semblable à l'élanement d'une dent. J'eusse aimé lui montrer ce fusil qu'il eût tant apprécié ; même ses railleries ses railleries surtout-

me faisaient défaut. J'avais besoin de lui pour achever de grandir. Je jetai l'anathème sur le Tsar, qui volait aux gens leurs êtres chers, mais je me repris et forçai à croire qu'Alexandre était encore vivant.

—Est-ce que ton frère n'est pas mort?

Je grimaçai au souvenir des mots de la femme aux questions.

—Cette sale folle.

Je continuai à marcher ; les foulées adoucirent mon âme.

—Cette pauvre folle.

Quand il fut temps de m'arrêter pour le feu et l'abri, je regardai le fusil.

—Cette femme ... généreuse.

17

Je passai la nuit sans me réveiller une fois. La neige ne tombait toujours pas, et le feu devant l'abri était encore rougeoyant de braises au petit matin. Les reliefs des congères avaient été arasés par un vent continu, qui n'était pas violent mais tenace. Me levant et m'étirant, je découvris un crapaud, comme collé à la basse branche d'un épicéa, abrité du vent. Il était plat et gris ; je crus qu'il était mort, mais quand je le touchai du bout du gant, le coin de son œil frémit. Les crapauds sont des animaux curieux. On dirait que certains d'entre eux peuvent survivre à tout. Le froid eût dû le transformer en pierre.

—Ta vie est simple, crapaud. Elle se suffit à elle-même. Tu n'as pas idée de ce qu'est un frère et tu ne connais pas la vengeance.

De mon pouce ganté, je lui donnai un coup. Il m'énervait, dans sa suffisance. Il ne réagit pas.

Peu de temps après que je m'étais remis en marche, je tombai sur des traces de tigre.



Je tenais le fusil collé contre ma hanche, prêt à épauler. Les traces étaient récentes, bien que déformées par les bourrasques qui fouettaient le sol.

Le tigre est plus malin que nous, parfois. Il avait accompli un détour et m'attaqua, non par l'arrière, mais par le côté, bondissant du haut d'une roche collée au flanc des monts arrondis par les neiges. Je reçus son poids sur la tête et les épaules, laissai tomber le fusil.

Le hasard me sauva. Le tigre poussa un feulement de souffrance, sauta à quelques mètres ; me mettant à genoux, je vis qu'un des épieux que je gardais sur mon dos lui avait transpercé le ventre. De la patte avant gauche, il l'arracha, mais aussitôt le sang se mit à couler en abondance de la blessure.

Le fauve releva la tête pour me regarder. Il était beaucoup trop petit pour être le Tsar, et il allait mourir d'avoir désiré me manger. Je lisais dans son regard et dans les mouvements de sa tête ce qui se passait en lui : la blessure le faisait souffrir et il songeait à s'enfuir, mais il désirait tout autant en finir avec moi.

J'épaulai le fusil et lui logeai une balle au défaut de l'épaule, le tuant net. On n'abandonne pas à son sort une bête blessée.

18

En temps normal, j'eusse écorché le tigre. Même s'il n'était pas très grand, sa fourrure d'hiver avait une belle épaisseur. Mais je n'étais pas là pour ça, je n'avais pas le temps, et la peau était beaucoup trop lourde à porter.

La viande de tigre ne se mange pas non plus. Son foie est même un poison. Cependant, je coupai ses moustaches, j'arrachai quelques dents et les griffes. Les Chinois, de l'autre côté du fleuve Amour, en dessous de nos Stanovoï, en sont très friands. Parfois, ils viennent chez nous juste pour s'approvisionner, et on peut leur vendre ces morceaux de choix.



Est-ce que le Tsar était reparti au sud, est-ce qu'il n'avait pas même traversé l'Amour ? Il pouvait être n'importe où, désormais. Le découragement me happa tandis que je quittais le cadavre du tigre.

J'avais ôté la douille, remplacée par une cartouche.

La neige revint, trois jours après que j'avais laissé seule la femme aux questions. Cette fois, elle ne s'arrêta pas de toute la une semaine. Il en tomba quatre mètres. Ma progression devint impossible, je me noyais dans la poudreuse. Je réussis à trouver une grotte dont je dégageai l'entrée encombrée de pierres, et où je trouvai des loirs endormis. Je ne les touchai pas. J'avais assez de nourriture, et les tuer n'eût servi à rien. Me venait encore à l'esprit la mort inutile du petit tigre. Plusieurs fois par jour, je déblayais l'entrée de la grotte afin de n'être pas asphyxié, d'autant que le bois que j'avais trouvé, gorgé d'humidité, rendait une fumée épaisse. À la danse des flammes, je regardais les loirs. Leur léthargie me plaisait. On doit tout oublier, dans la longue nuit hiémale.

Je préférais les loirs au crapaud parce qu'ils étaient plus jolis à observer. Ainsi vont les caprices des hommes.

La neige fut relayée par un fort vent d'est ; je dus lutter pour que la grotte ne fût pas envahie par la poudreuse soufflée. En revanche, je ne pus ranimer le feu, que les rafales avaient éteint. Il n'était plus possible de rester sur place, je gèlerais à la première nuit. Alors je dis adieu aux loirs, replaçai les pierres devant l'entrée de la grotte, puis sortis dans l'océan blanc et m'efforçai d'avancer. Il fallait bouger ou mourir.

19

Qu'on demande à un Sibérien ce qu'il en coûte de combattre l'hiver quand il se déchaîne, de ne pas se terrer mais d'affronter au-dehors le géant blanc et ses légions.

Je survécus, malgré tout. Je marchai vers le nord, aux étoiles. Je sortis des monts Stanovoï et finis par atteindre une ville côtière,



qui se nommait Tchoumikan. J'étais très affaibli, maigre, dépenaillé. J'eus la chance de vendre les moustaches, les griffes et les dents du tigre à des Asiatiques qui faisaient escale au port. Ce n'étaient pas des Chinois, et je ne réussis pas à comprendre d'où ils venaient précisément. Ils étaient jaunes de peau, leurs vêtements ne ressemblaient à rien de ce que j'avais connu. Le plus riche d'entre eux, celui qui de toute évidence commandait, laissait pousser l'ongle de son petit doigt à la main droite. Je me dis qu'il ne devait pas faire un sérieux travailleur, avec un ongle de cette taille.

La pièce que je reçus était en or, gravée d'étranges caractères, assez beau bien qu'incompréhensibles, mais l'or est de l'or, partout.

Je passai de longs moments à regarder l'océan - dont un patron d'estaminet me dit qu'à cet endroit il s'appelait Okhotsk. Quand je demandai à voir les baleines, un marin du port s'esclaffa et me répondit que je n'avais qu'à m'embarquer. Je fus tenté. Mais le Tsar ne nageait pas dans l'océan.

Pour la première fois de ma vie, je dormais dans une auberge. Le bruit des buveurs, en dessous de ma chambre, me gênait la nuit. Et puis, si le tigre ne se trouvait pas dans les eaux, on ne le verrait pas plus dans les ruelles encombrées de Tchoumikan. Je devais repartir pour le sud. Une grande lassitude m'habitait, d'autant qu'à mesure que passaient les jours, au lieu de diminuer, la douleur de la perte d'Alexandre se faisait plus mordante. Il me devenait impossible de me mentir.

Lors de ma quatrième nuit à Tchoumikan, excédé par les vociférations des ivrognes, je descendis les escaliers usés de l'auberge en brandissant un épieu.

—Taisez-vous tous ! Tous ! Un peu de respect pour mon frère ! Je tue le premier qui moufte.

Dans un silence de mort, je remontai me coucher. Le lendemain à l'aube, des policiers vinrent m'ordonner de quitter la ville. L'un d'entre eux, qui avait une moustache épaisse comme une barbe, me dit qu'il

devait également confisquer mon fusil. Je lui répliquai que j'abandonnerais volontiers cette cité puante où les hommes s'entassent sur les hommes, mais que celui qui toucherait au fusil se condamnerait à souffrir mille peines. Je crois que le policier n'eut pas envie de me mettre à l'épreuve, et je m'en allai, simplement. Il n'est pas bon de vivre en si nombreuse compagnie. L'humain a besoin d'espace, lui aussi.

20

Oui, je le sais désormais, le Tsar a tué mon frère. Je marche dans les Stanovoï, après avoir passé l'hiver dans plusieurs villages où j'ai dépensé ce qui me restait de la pièce d'or entamée par les frais de l'auberge de Tchoumikan. Le Tsar a tué mon frère, alors je tuerai le Tsar. C'est ainsi.

Il y a peu j'ai vu la première fleur, un crocus violet qui dépassait d'une plaque de neige entamée par le soleil. Si le temps se maintient sans chute tardive, le printemps va s'installer et le vert va manger le blanc.

Je ne sais plus où aller. Dans le village de Sibérie, on m'a décrit un tigre énorme qui a effrayé les gens, mais si c'était bien le Tsar, il est passé dans ce village plus d'un an auparavant. Où chercher ? Je franchis les cols, j'escalade les parois où la glace se fait plus friable maintenant que l'air se réchauffe.

—Où es-tu, Alexandre? Où es-tu ?

Désormais c'est dans ma tête que je crie. À voix haute, je ne prononce plus le nom de mon frère.

Il faut que je tue le Tsar.

Hier, - est-ce que c'était hier ? Avant-hier ? Il y a deux jours, peut-être, je perds un peu la notion du temps -, j'ai logé un de mes épieux dans le flanc d'une laie. Je lui ai parlé de mon frère tandis que je la dépouillais. Je me suis fait peur soudainement. Je commence à



déraisonner. Il faudrait que je rentre chez nous, mais chez nous n'est plus que moi. Il faudrait, il faudrait... je ne sais plus. Il faut que je tue le Tsar.

Je vais tout de même repasser par la maison, mais pour aller au sud, jusqu'à l'Amour, et je continuerai à questionner les gens de rencontre. Ont-ils vu un tigre géant ? Le Tsar ne se cache pas ; là où il passe, il sème épouvante et désolation. Gouverneur des ténèbres, c'est lui qui a tué notre mère, rendu fou notre père et enlevé Alexandre. Il commande à la neige et au vent, qui servent ses desseins, mais je suis plus fort que lui parce que je m'appelle Fédor Vasilianenko et la vengeance me guide.

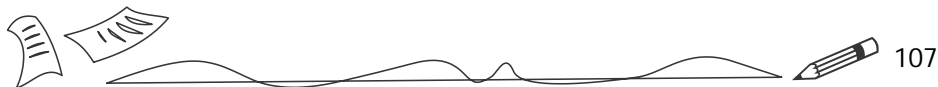
21

Demain, je serai à la maison. J'y resterai une journée ou deux, pour me reposer un peu avant de repartir au sud.

Je marche sur nos territoires habituels, ceux où mon frère et moi avons fait nos dents de chasseurs et de pêcheurs. L'air est doux, propice au rire et à la rêverie tranquille. Père, Mère, Alexandre et moi avons eu bien de la chance d'être choisis pour vivre dans un si magnifique endroit. Rien ne vaut les Stanovoï.

La neige qui les recouvrait a glissé ; les voilà, enlacés comme des amants. Mon frère tient encore le manche de son long poignard à dépecer, dont la lame est plantée à hauteur du cœur du grand tigre. Les griffes de celui-ci sont enfoncées dans le cou d'Alexandre. Ils ont dû mourir au même instant. (...) Si près de chez nous.

Les animaux des bois ont commencé à les manger. Embrassé par le tigre, mon frère semble bien petit, mais il l'a tout de même vaincu à travers sa propre mort. La belle lumière glisse sur le pelage du Tsar, et sur les cheveux d'Alexandre, collés par la neige mouillée. Je pose les doigts sur l'épaule de mon frère, je les retire vite cependant. Un monde nous sépare désormais. Alexandre ne peut plus rire de moi, il ne sortira plus de l'eau des truites ruisselantes en poussant de grands



cris, il ne fendra plus, d'un seul coup de merlin, des billes de chêne dures comme de la roche.

Je les ai enterrés ensemble. Pour cela, il m'a fallu creuser juste à côté d'eux, une terre à peine dégelée. Cela m'a pris un temps infini. Il ne m'a pas semblé juste de séparer Alexandre de sa grande victoire. Le Tsar ne mangera plus d'enfants aimés, il ne viendra plus dans les maisons pour y chercher ceux qui s'y réfugient, et c'est grâce à Alexandre Vassilianenko, mon frère aîné, un homme grand et un grand homme.

Assis près du feu, je contemple le monticule des pierres entassées par mes soins au-dessus de la tombe, pour empêcher les animaux de déranger les morts accolés qui, ensemble, vont se fondre à la terre. La vengeance n'a pas de sens. La destinée s'est accomplie sans moi, mon frère et le tigre ont fait un petit tour, quelques jours, l'un suivant l'autre, puis ils sont revenus pour en finir là où tout a commencé. J'ai divagué pour rien.

Ce soir, je n'ai construit aucun abri. Le froid est supportable, le vent ne souffle pas, le ciel est clair, le Tsar n'est plus. Dans les monts et les bois courent les loups, les ours, mais eux ne sont pas effrayants. Enfants de Mère Nature, ils accomplissent leur tâche. Je les comprends, puisque je leur ressemble.

22

D'autres minuscules cerfs-volants de papier ont été suspendus au plafond, dans le clair-obscur.

Elle est plus menue encore que dans mon souvenir. Elle ne dit rien, je m'assieds sur le lit aux fourrures d'isatis, je baisse la tête. Elle vient à moi et pose les mains sur ma nuque. —Est-ce que tu es fatigué ? Ne vas-tu pas te reposer ? ”

Chabas, François-Jean. Le Tsar. Paris: L'école des loisirs, 2006.



3.3 Maintenant, on t'invite à lire lentement le texte à l'aide de ces activités de lecture

Les lionnes

Activité N° 1

Consulte sur l'internet les événements qui ont précédé le droit de vote des femmes en Suisse.

Activité N° 2

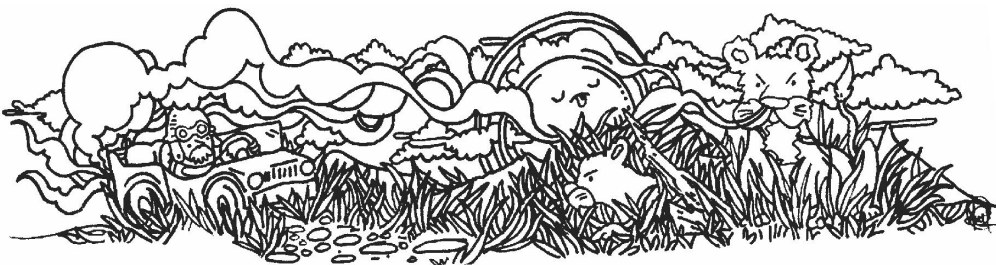
Écris le nom de deux écrivains colombiens qui racontent des histoires sur la cruauté des animaux entre eux et la loi de la nature.

Activité N° 3

Dans la vie, es-tu davantage une lionne ou es-tu plutôt une hyène? Pourquoi?

Activité N° 4

Tu vas visiter le zoo de Barranquilla, ville capitale du département de l'Atlántico colombien. Avant de partir, tu voudrais t'informer sur les animaux sauvages et leurs habitats. Imagine ce qu'il y a dans ce zoo barranquillero. Dessine et colorie les animaux et leurs habitats.



Le Tsar

Activité N° 1

Consulte sur l'internet les aspects le plus relevant de la Guerre des six jours en 1967.

Activité N° 2

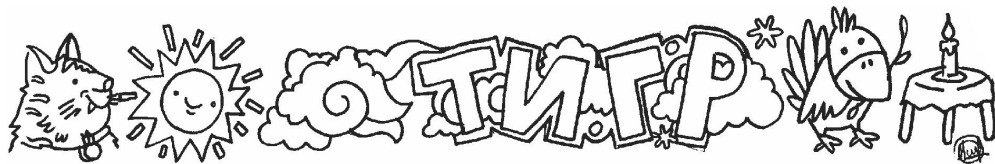
Écris le nom de deux écrivains colombiens qui racontent des histoires sur le rapport entre l'homme et les animaux.

Activité N° 3

Après la lecture de chaque chapitre, propose un titre d'une seule phrase, qui résume le contenu du chapitre.

Activité N° 4

Illustre l'histoire du conte Le Tsar, en faisant une BD d'une page.



Bibliografía

Œuvres littéraires des écrivains repris dans le Manuel de lecture

CHABAS, Jean-François (2009). *Les lionnes*. Paris : L'école des loisirs.
(2006) *Le Tsar*. Paris : L'école des loisirs.

DESARTHE, Agnès (2006). *Je veux être un cheval*. Paris : L'école des loisirs.
(2002) *Petit Prince Pouf*. Paris : L'école des loisirs.

FLAMANT, Ludovic (2007). *Louis des sangliers*. Paris : L'école des loisirs.

Ouvrages et articles critiques sur les écrivains du Manuel de lecture

CHABAS, Jean-François (2010). Biographie et rencontre avec l'écrivain.
www.bibliopoche.com/ecrivain/Chabas-JeanFrancois/28430

DESARTHE, Agnès (2010). Biographie d'Agnès Desarthe. Récupéré de <http://www.agnesdesarthe.com/bio.htm>. (2010) Écrivain. Récupéré de <http://marais.evous.fr/Agnes-Desarthe-Ecrivain-et.html> ”

DECUYPER Isabelle (2010). “ LUDOVIC FLAMANT : Du théâtre à la littérature de jeunesse Lectures. *La revue des bibliothèques*, portrait d'auteur. www.revue_Lectures_153__Ludovic_Flamant__du_theatre_a_la_litterature_de_jeunesse__par_Isabelle_Decuyper008

Ouvrages et articles sur le conte

BELMONT, Nicole (1999). *Poétique du Conte. Essai sur le conte de tradition orale*. Paris: Gallimard.

DURAND, Jean Baptiste (2002). "Le conte merveilleux". Récupéré de:
"litteco.free.fr/rtf/contes/Le%20p@p.rtf " 2002 p. 5.

LABRÈCHE, Diane (2000). "Structure du conte". Consulté en 2000. Récupéré
de " alexwohl.chez-alice.fr/structure.html "

SKAYEM, Hady (2012). " Genre Littéraire : le conte ". Récupéré de
" www.espacefrancais.com/conte-presentation-caracteristiques.html "

Articles sur l'apprentissage de langues étrangères

BARBE, Walter B; SWASSING, Raymond H; MILONE, Michael N. (1979).
"Teaching through Modality Strengths: Concepts and Practices." *Le style d'apprentissage : une perspective historique*, réalisé par Jacques Chevrier, Fortin Gilles, Raymond Leblanc. " www.acelf.ca/c/revue/sommaire.php?id10 " 2000.

ENTWISTLE, Noel (1981). "Styles of Learning and Teaching" *Le style d'apprentissage: une perspective historique*, réalisé par Jacques Chevrier, Fortin Gilles, Raymond Leblanc. " www.acelf.ca/c/revue/sommaire.php?id=10 " 2000.

GRASHA, Anthony F. et RIECHMAN S.W. (1975) "Student Learning Styles Questionnaire". *Le style d'apprentissage : une perspective historique*. Réalisé par Jacques Chevrier, Fortin Gilles, Raymond Leblanc. Article en ligne " www.acelf.ca/c/revue/sommaire.php?id=10 " 2000.

JUNG, Carl G. (1971). "Psychological Types". *Le style d'apprentissage : une perspective historique* réalisé par Jacques Chevrier, Fortin Gilles, Raymond Leblanc. Récupéré de " www.acelf.ca/c/revue/sommaire.php?id=10 " 2000.

KEEFE, James W. (1987) Learning Style Theory and Practice. *Le style d'apprentissage : une perspective historique*, réalisé par Jacques Chevrier, Fortin Gilles, Raymond Leblanc. Consulté en 2000. Récupéré de www.acelf.ca/c/revue/sommaire.php?id=10.



- LAWRENCE, Gordon (1979). "People Types and Tiger Stripes: A Practical Guide to Learning Styles". *Le style d'apprentissage : une perspective historique*. Réalisé par Jacques Chevrier, Fortin Gilles, Raymond Leblanc. Article en ligne " www.acelf.ca/c/revue/sommaire.php?id=10 " 2000.
- SILVER, Harvey F. et HANSON, J. Robert (1982). "Learning styles and strategies". *Le style d'apprentissage : une perspective historique* " réalisé par Jacques Chevrier, Fortin Gilles, Raymond Leblanc. Récupéré de " www.acelf.ca/c/revue/sommaire.php?id=10 " 2000.
- RIDING, Richard; RAYNER, Stephen (1998). "Cognitive Styles and Learning Strategies". In: *Le style d'apprentissage : une perspective historique* " réalisé par Jacques Chevrier, Fortin Gilles, Raymond Leblanc. Récupéré de " www.acelf.ca/c/revuesommaire.php?id=10 ", 2000.
- REINERT, Harry (1976) One Picture Is Worth a Thousand Words? Not Necessarily! *The Modern Language Journal*. *Le style d'apprentissage : une perspective historique* " réalisé par Jacques Chevrier, Fortin Gilles, Raymond Leblanc. Récupéré de www.acelf.ca/c/revue/sommaire.php?id=10 " 2000 ".

Este libro se terminó de imprimir en el mes de octubre de 2015, en la Imprenta de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, con un tiraje de 200 ejemplares.

Tunja - Boyacá - Colombia

